336520

Magdalena

en Fren actor

4

MAGDALENA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

original de

D. ANGEL MARIA DACARRETE.

Estrenado en el teatro del Príncipe, á beneficio de la primera actriz doña Teodora Lamadrid, el 11 de mayo de 1855.

N.° 264.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DEL OLIVO, NÚM. 15.
1855.

AL SEÑOR

D. TEODOMIRO IBAÑEZ PACHECO.

A tí fué al primero á quien comuniqué mi propósito de escribir este drama; á tí lo dedico, en público testimonio de nuestra fraternal amistad que la distancia avalora y el tiempo fortifica.

Tuyo siempre de corazon

ANGEL.

El autor de este drama debe un tributo de gratitud, y se complace en ofrecerlo, á los artistas que con su acostumbrada inteligencia y notable celo han interpretado su obra. A ellos son debidos en gran parte, los aplausos y las lágrimas con que el público la ha favorecido; su talento y esmero le arrancaron estas lisonjeras demostraciones que deben honrarles, por mas que algunos como la Sra. Lamadrid y el Sr. Arjona, no necesiten de nuevos triunfos para asegurar su merecida fama.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/magdalenadramaen1376daca

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAGES.	ACTORES.
MAGDALENA.	D.ª Teodora Lamadrid.
ELOISA.	D.ª Mercedes Buzon.
DON JUAN.	D. Joaquin Arjona.
ALBERTO.	D. José Ortiz.
EL MARQUÉS. . . .	D. Fernando Ossorio.
ENRIQUE.	D. Victorino Tamayo.
CONVIDADO 1.º . . .	D. N. Serrano.
CONVIDADO 2.º . . .	D. N. Utrera.
CRIADO 1.º.	
CRIADO 2.º.	
CRIADO 3.º.	

Acompañamiento de señoras y convidados.

El primer acto pasa en Cádiz en una fonda.—El segundo y tercero en Aranjuez, en casa de Eloisa.

Época.—185.....

Las conveniencias teatrales exijieron que en la representacion de este drama se acortasen algunos diálogos; alterándolos ligeramente en algunas ocasiones. Los versos de los párrafos suprimidos van señalados con este signo (*) y las variaciones están marcadas en correspondientes notas.

ACTO PRIMERO.

Salon de descanso en una fonda.—Puerta en el centro, que conduce al esterior.—A la izquierda del espectador dos puertas laterales; á la derecha, en primer término, un balcon que se supone que dá al mar.—En segundo una puerta.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA.—EL MARQUÉS.

EL MARQUÉS, *vestido de calle, entra por la segunda puerta de la izqnierda.*—MAGDALENA *está asomada al balcon, al oir al Marqués, se vuelve á la escena.*

MARQ. ¡Tan temprano levantada!
No esperé yo tal ventura.
MAGD. Por gozar la brisa pura
de la mar...
MARQ. Pero abrigada
debieras estar ¡por Dios!
Tal descuido me da pena,
que tu vida, Magdalena,
es la vida de los dos.
Por mí tu salud conserva,
que es, en mi edad enojosa,
lo que entre abrojos la rosa,
lo que entre arenas la yerba.
MAGD. ¡Qué poético!
MARQ. ¡Hija mia!
A estarlo en esta ocasion,
es sin duda el corazon

609526

lo que engendra la poesía.

MAGD. Así lo asegura Alberto.

MARQ. ¿Salió ya?

MAGD. Muy de mañana,
acompañando á su hermana.

MARQ. ¿A dónde fueron?

MAGD. De cierto
no lo sé; pero calculo
que á despedirse; se van
ya tan pronto. (¡Amante afan!
¡Y qué mal te disimulo!)

MARQ. Nosotros pronto tambien
á Madrid nos volveremos;
pero hasta octubre aguardemos...
¡Te encuentras aquí tan bien!

MAGD. ¿Cómo no, con el desvelo
y el cariñoso cuidado
que me cercan? ¡Oh! me ha dado
en usted un padre el cielo.
¿Cómo hallar mas alegría?
¡Padre! Permítame usté
que aqueste nombre le dé!

MARQ. ¿Que lo permita, hija mia?
¿No sabes que necesito
que vague siempre en tu labio,
que otro cualquiera hace agravio
á mi cariño infinito?
Tú no puedes comprender,
inocente Magdalena,
cuanto ese nombre enagena
mi corazon de placer.
Él despierta una memoria
dolorosa en este viejo.
(Enjugándose una lágrima.)

MAGD. ¿Llora usted? ¿Y su consejo
de olvidar...

MARQ. Sí, sí; la historia
de nuestros pasados años
al olvido condenemos;
en ella solo hallaremos
amargura y desengaños!
(Con mucho cariño.)
Te repito mi consejo.

y perdone usted, señora,
si en su contra obré yo ahora...
¡Es culpa de todo viejo!
Por la muerte limitado
lo porvenir con enojos
lo presente, nuestros ojos
se vuelven á lo pasado.
Mas quien, cual tú, de la vida
no bien á gozar empieza
si á motivos de tristeza
en el alma dió cabida,
en brazos de la esperanza
sus recuerdos debe huir,
fijando en lo porvenir
la mirada.

MAGD. ¿Y quién alcanza
del corazon á borrar,
por mas que palpite jóven,
beneficios que le arroben,
penas que le hagan llorar?
Yo, sin usted, sin su amor...
¡Oh! desfallecer me siento
á tan atroz pensamiento..!

MARQ. (*Abrazándola con estremado cariño.*)
¡Hija!

MAGD. Si; tal torcedor
con Dios y usted me hace ingrata;
mas abrigarlo no debo.
(¡Pero aquí fijo lo llevo!)
(*Señalando el corazon.*)

MARQ. (Ese torcedor la mata.)
(*Mirándola con apasionada tristeza.*)

MAGD. ¡Oh! míreme usted sin pena,
ó le niego mi sonrisa.
(*Mirando al Marqués con sonrisa cariñosa. El Marqués sonríe.*)

ELOISA. (*Desde adentro.*)
Magdalena.

MAGD. ¡Es Eloisa!

MARQ. Pronto han vuelto.

ELOISA. ¡Magdalena!
(*Entrando en la escena por la puerta del fondo acompañada de Alberto.*)

ESCENA II.

Dichos.—ELOISA.—ALBERTO.

ALBERT. (*Saludándose recíprocamente.*)
Marqués...
MARQ. Alberto! Eloisa...
MAGD. Tan pronto no te aguardaba.
ELOISA. Ni yo imaginé volver
hasta mas tarde.
MARQ. ¿Y qué causa
el placer nos proporciona
de esta vuelta inesperada?
ALBERT. Salimos á hacer visitas
y solo hallamos en casa
una familia.
ELOISA. ¡Disculpas!
Que siempre que me acompaña,
de dos meses á esta parte,
tal impaciencia le asalta
por volver acá, que yo
por no escuchar su cansada
oracion de «se hace tarde:
»tengo que escribir mil cartas;
»tanto calor me fatiga»
y... qué sé yo, resignada,
á sus domésticos gustos
(que por cierto en él me estrañan)
me someto.
MAGD. Pues no debes
obedecer tan tiranas
exigencias, no; declárate
en rebelion.
ELOISA. Buenas ganas
á veces siento de hacerlo.
MARQ. Pues hágalo usted.
ELOISA. Me ablanda
observar que su impaciencia,
aunque parece infundada,

tiene un motivo muy justo
y que interesa mi alma
doblemente.
(A Magdalena y sonriendo con intencion.)
¿Digo mal?

MAGD. (¡Eloisa, por Dios calla!)

MARQ. Y usted, Alberto, impasible
de disculparse no trata?

ALBERT. ¿Para qué?

ELOISA. Dice un refran
castellano, que quien calla...

MAGD. *(Riendo.)*
¡Ah! ¡ah! ¡ah! Cuánto me gusta
ver esta lucha empeñada
entre hermanos que se adoran.

MARQ. Pues yo viendo que mis canas
el papel de verde oliva
no es posible que aquí hagan,
á fuer de viejo prudente
el riesgo de la batalla
quiero evitar.
(Vá á marcharse.)

ALBERT. ¿Se va usted?

MARQ. Iba ya á salir de casa
cuando llegaron ustedes.
El correo de la Habana
vino ayer, y por él debo
recibir algunas cartas
que me interesan.

ALBERT. ¿Logró
usted como deseaba,
sus haciendas trasladar
á la Península?

MARQ. Aun faltan
que hacer unas diligencias.
Pero tengo la esperanza
de lograrlo pronto, y luego
que pase la temporada
de los baños, á Madrid
nos iremos.

ELOISA. ¡Cuántas ganas
tengo de que se realice
ese proyecto! ¡Qué guapa

que vas á estar en la córte!
¡Y buena!

MAGD. ¡Sí!

MARQ. La esperanza
abrigo de que suceda.

ELOISA. ¡Pues no! Si tu no estás mala.
No tienes mas, que los mimos
del Marqués. Allí el fantasma
de tus males volará.
Y, oye, es preciso que hagas
alguna conquista.

MAGD. ¡Yo!

ELOISA. Pues qué ¿se tienen tus gracias
impunemente? Verás
cómo te cerca la vana
turba de *pollos dandys*
pretendiendo una mirada.
Concurrirás á los bailes,
y tendrás tanta demanda
para una polka, una schottisse,
redowa...

ALBERT. Eloisa, basta.
Por el cielo.

ELOISA. ¡Ya! mi hermano
cuando de bailes se trata...

MARQ. ¿No le gustan?

ELOISA. Odio á muerte
profesa á todo el que baila.

MAGD. ¡Es achaque de celosos!

ALBERT. Quizás.

MARQ. Es la malhadada
gravedad de nuestros jóvenes.
Alberto, cuando peinaba
yo, como usted, negros rizos,
no creia rebajada
mi dignidad dando suelta
á los gustos de mi alma.
Bailábamos y reiamos
y el corazon, con fé santa,
latiendo por las hermosas
se inflamaba por la patria.
Hoy ¿en sencillos recreos
qué jóven el tiempo pasa?

¡Lo tiene á menos! Do quiera
ven sus ojos el fantasma
del *ridículo*. ¡Creacion
asoladora que arrasa
las flores de la existencia
y vuelve en cambio la *nada*.

ALBERT. *¡El ridículo!

MARQ. *Atrevido
*despues que agostó en su marcha
*inocentes devaneos,
*derrocar con mano helada
*pretende cuanto mas puro
*el hombre abriga. ¿Quién ama
*hoy sin temor á su risa?
*¿Quién si de nobles hazañas
*en el campo, en la tribuna,
*en la prensa, cree en su alma
*sentir alientos, lo dice
*con voz firme y frente alta?
*Ya los puros sentimientos
*dentro del pecho se guardan
*cual un crímen: como Macbeth
*de la sombra ensangrentada
*de Banquo dó quier huia
*y dó quiera la encontraba,
*así tus ilusos hijos
*generacion desgraciada
*huyendo ese helado espectro
*vagan sin tino y se gastan
*en inaccion vergonzosa
*los alientos de su alma.

ALBERT. Es verdad.

MAGD. ¡Ah! no por Dios:
el triste cuadro que traza
usted, señor, nuestra edad
con injusticia retrata.

ALBERT. Sí; que del todo estinguida
aun no está la pura llama
de los nobles sentimientos.

MARQ. ¿De otro modo qué esperanza
lo porvenir guardaria?
Yo confio... pero basta
que esta cuestion filosófica

por lo inoportuna causa.
Hasta luego.

ALBERT. Adios, Marqués.

ELOISA. Si por acaso usted tarda,
nos irémos á los baños.
Alberto nos acompaña.

MARQ. Bien: no me esperen ustedes.
(Sonriendo.)
A usted como ya cercana
al estado de señora
la recomiendo la guarda
de Magdalena.

ELOISA. En mi celo
ponga usted su confianza.
(Tiende su mano sonriendo al Marqués, que se va.)

ESCENA III.

Dichos, menos EL MARQUÉS.

ELOISA. Pues que fiado en mis títulos
de prometida ó *fiancée*
me encarga de tu custodia
hasta su vuelta el Marqués,
segura, señor hermano
de que vos guardar la fé
sabreis de buen caballero
y que tú mas que mujer,
eres un ángel que apenas
toca al mundo con su pié,
dejo en paz á los amantes
que son de este siglo prez,
eclipsando la memoria
de Marsilla y de Isabel,
de Julieta y de Romeo,
de Edgardo y Lucia.

ALBERT. Amen.

ELOISA. Mil gracias.

MAGD. Escucha, loca.

ELOISA. Nada escucho. Hasta despues.

ESCENA IV.

Dichos, menos Eloisa.

Magd. Gracias á Dios, señor mio,
que puedo hablar con usted.
Albert. A él gracias, que me concede
de disculparme el placer.
Magd. Disculpas piden clemencia.
Albert. Pues justicia hé menester,
nada mas.
Magd. ¿Solo justicia?
Lo dudo; mas diga usted:
¿por qué anoche en el teatro
hora tras hora esperé
en vano que fueses? Luego
que á casa volví tambien,
en vano con Eloisa
larguísimo rato hablé
en esta pieza aguardando
á que vinieses. ¡A ver
que tal conducta es leal
quién prueba!
Albert. Lo probaré.
Há tres años, Magdalena...
veinte empezaba á tener
apenas yo, en una noche
con un hombre me ligué
con lazos de gratitud
y de amistad á la vez.
Magd. ¿Pues cómo?
Albert. Niño insensato,
con otros niños tambien,
de locuras juveniles
ardiendo en nociva sed,
el doble de mi fortuna
sobre una carta arriesgué.
La suerte mi desvario
castigaba tan cruel

que, ya perdida una suma
que jamas satisfacer
yo podria, contemplando
profanada la honradez
de mi nombre, á la vergüenza
no pudiendo frente hacer,
con otro crímen mayor
borrar mi crímen pensé;
quise matarme.

MAGD. ¡Dios mio!

ALBERT. ¿Qué me restaba que hacer?
Pálido, desatentado,
de la mesa me aparté;
salí á la calle. Empezaba
apenas á amanecer...
*y cuando á la luz dudosa
*del crepúsculo miré
*el cielo, el mundo, oprimido
*por oculto padecer,
*una lágrima de adios
*á la vida consagré.

MAGD. Me estremece, aunque pasado,
tu peligro.

ALBERT. Apresuré
el paso, y de la ciudad
fuera salí. En mi cruel
imaginacion absorto,
que seguia no reparé
mi huella un hombre, y ansiando
el término aciago ver
cuanto antes de mi vida,
una pistola monté...

MAGD. ¡Qué horror!

ALBERT. Bastaba un instante;
pero con férreo poder
una mano me detuvo,
y ante mis ojos miré
mi acreedor: él de las mias
arranca el arma cruel,
la arroja al suelo, y me dice:
«¡A su vida atenta usted
por una deuda de juego!
—Por mi honra, contesté.

—¡La honra! esclamó. ¿Y en el lodo
no la ha sepultado usted?
Cuando en el torpe garito
penetramos en tropel
codiciando el oro ageno,
la propia hacienda á perder,
honra y corazon dejamos
de la puerta en el dintel.
*—¡Así habla usted! dije absorto.
*—Así pienso. El interés
*no me conduce á esos sitios.
*Sin objeto, amor, ni fé
*la vida arrastro; del tédio
*la insufrible pesadez
*me oprime, y mi alma devora
*del sentimiento la sed.
*Ella hasta el juego me arrastra;
*mas ¡ay! que mas de una vez
*alegre perdí, y vergüenza
*sentí mi ganancia al ver.

MAGD. ¡Era bueno!

ALBERT. —Si de amigo
me quiere usted conceder
el nombre, añadió, sus brazos
abriéndome, olvide usted
de aquesta noche las horas;
en el seguro entender
de que amistad, no dinero,
es lo que exijo de usted.

MAGD. ¿Y tú?...

ALBERT. Sin poder hablar,
por mis mejillas correr
sentí el llanto, y en su seno
mi confusion oculté.
Desde entonces, Magdalena,
este hombre llegó á ser
mi amigo mejor. Dos años
ha ya que lejos se fué
de España, y de Francia á Cádiz
llegó en la tarde de ayer
por el vapor de Marsella.
Pasé la noche con él
y un jóven que le acompaña,

teniendo la firme fé
de que tú perdonarias
mi falta.

MAGD. Pues es usted
sobrado presuntuoso.

ALBERT. ¿Me engaño?

MAGD. Bien puede ser.

ALBERT. ¿De veras?

MAGD. ¿Cómo se llama?

ALBERT. Don Juan de Mendoza. ¿Es que
dudas?...

MAGD. Alberto, yo ¡nunca!
¡Düdar de tu amante fé!
Ni tú de mí. ¿No es verdad?

ALBERT. Eco de los cielos es
tu voz para el alma mia.

MAGD. Cumple como honrado y fiel
acompañando á tu amigo.
Le quisiera conocer,
y á no ser tuyo pusiera
mi corazon á sus piés.

ALBERT. ¿Qué dices?

MAGD. ¡Salvó tu vida!
¡Qué no haria yo por él!

ALBERT. ¿Me amas tanto?

MAGD. ¡Y lo preguntas!

CRIADO. *(Entrando por la puerta del fondo y dirigiéndose á Alberto.)*
Señorito, por usted
pregunta el señor don Juan.

ALBERT. Dile que voy.

CRIADO. Su merced
baja ya...
(El criado se retira á una seña de Alberto.)

ALBERT. Si conocerlo
quieres...

MAGD. No, que no está bien
que me halle contigo sola.
Adios, le veré despues.

ALBERT. Enfadosa su presencia
juzgo por primera vez.

MAGD. ¡No seas loco!

ALBERT. Si mi enojo

mitigase una merced...

MAGD. Veamos cuál.

ALBERT. Besar tu mano.

MAGD. *(Corriendo hácia la puerta de la izquierda del espectador.)*
Ya no hay tiempo.

ALBERT. *(Cogiendo una mano de Magdalena, que ella retira.)*
Sí, pardiez.

MAGD. *(En el dintel de la puerta.)*
Atrevido caballero,
de rodillas á mis piés.
(Alberto se arrodilla.)
Reconozca usted su falta,
y en castigo... tome usted.
(Le entrega la mano que Alberto cubre de besos. Magdalena sale por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

ALBERTO.—DON JUAN.

ALBERT. ¡Qué buena y hermosa!

D. JUAN. *(Entrando por el fondo.)*
Alberto...

ALBERT. ¿Aun de casa no has salido?

D. JUAN. En el balcon, divertido
estuve en mirar el Puerto.
Há tanto que no veian
sus blancas velas mis ojos!
¡Como fúnebres despojos
á la mente me traian,
recuerdos tristes y bellos
de mi juventud pasada!

ALBERT. ¿No eres jóven?

D. JUAN. Despojada
de sus rizados cabellos
mi cabeza, macilenta
mi faz, sin brillo los ojos,
cargada el alma de enojos

y pasados los cuarenta,
¿jóven me juzgas?

ALBERT. Sí á fé:
¿en la mitad de tu vida
ves la juventud perdida?

D. JUAN. ¿No he de verla ya?

ALBERT. ¿Por qué?
Te envejece la ilusion
del tédio y los desengaños:
no pueden nada los años
contra un noble corazon.
El tuyo latir podria;
duerme aunque lo juzgas muerto.

D. JUAN. Perdona, querido Alberto.
No me agrada la poesia.

ALBERT. ¡Eso es! ¡siempre lo mismo!

D. JUAN. ¡Qué quieres! No es chica empresa
ya mi enmienda.

ALBERT. Y triste presa
de ese eterno escepticismo
tu vida...

D. JUAN. De otra cuestion
trataremos si te agrada.
¿Qué hay de nuevo?

ALBERT. *(Con enojo.)*
No sé nada.

D. JUAN. *(Con creciente ironia hasta que indica el diálogo que debe cesar.)*
Hablemos de tu pasion.

ALBERT. Mi pasion...

D. JUAN. ¿No me dijiste
anoche, ó me he equivocado,
que estabas enamorado?

ALBERT. No recuerdo.

D. JUAN. Y estuviste
pintándome la belleza
que cautiva tu alvedrio.

ALBERT. Juan: ese sarcasmo frio
causa agravio á mi franqueza.
Mis sentimientos respeta.
Piensa que nada te he hablado.

D. JUAN. Chico, estás apasionado
como un patan ó un poeta.

ALBERT. Terminemos la cuestion.
D. JUAN. ¿Me vas á guardar encono?
ALBERT. Conozco que es de mal tono
hoy amar.
D. JUAN. No sin razon
me juzgues tan de ligero.
Olvida mi leve ofensa;
cesen las burlas, y piensa
que muy de veras te quiero.
Hablo asi por el temor
de que tu dicha sucumba,
que es de nuestro bien la tumba
eso que llaman amor.
ALBERT. Interna voz nos advierte
de que es falsa esa opinion.
D. JUAN. La calma del corazon...
ALBERT. Es la calma de la muerte.
Si guarda la piedra dura
ardiente chispa oprimida,
si el agua en nubes mecida
flota en la atmósfera pura,
es para que ansiado fuego
del hierro al golpe se inflame,
es para que el sol derrame
su luz, y en bendito riego
convertidos los vapores
que á merced del aire vagan,
en raudales se deshagan
que el valle cubran de flores (1)
*Asi el principio fecundo
*de amor, con que Dios eleva
*nuestro sér, que vida nueva
*regale incesante al mundo,
*lo puso en el corazon,
*para que uniendo dos séres,
*confundiese sus placeres,
*sus dolores, su oracion;

(1) A los versos que siguen en boca de Alberto se han sustituido estos dos

Asi el celestial ardor
que inflama nuestra ternura....
D. JUAN. Alberto una calentura
del alma es solo el amor etc.

*no para que en negro abismo
*duro convirtiendo el alma
*lo sepultase en la calma
*de un estéril egoismo.

D. Juan. *¿Concluiste? Bello trozo
*para una escena de drama.
*El éxtasis que te inflama
*se comprende. ¡Eres muy mozo!
*Sueños forjas de ventura,
*porque estás de bondad lleno;
*mas endurece tu seno,
*ó ten por cosa segura,
*que ese estéril egoismo
*echarás menos un dia
*que en solitaria agonía
*te devores á tí mismo,
*destruido hasta el consuelo
*de no haber vírgen guardado
*el ensueño nacarado
*que hace del amor un cielo.

Albert. *Tu funesta profecía
*es inútil. ¿Qué mayor
*soledad que sin amor
*vivir? ¿Qué mas agonía
*el alma á sentir alcanza?

D. Juan. *Causa mas acerbo daño
*el tédio del desengaño
*que el afan de la esperanza.

Albert. *Nos libra de ese dolor
*de una mujer la ternura.

D. Juan. Alberto, una calentura
del alma, es solo el amor:
su delirio nos ofrece
una mujer que no existe;
de mil encantos la viste,
sobre la tierra la mece;
mas cuando, en loca ansiedad,
vence el amor al respeto,
tocamos el esqueleto
de la odiosa realidad.

Albert. Hallará tal decepcion
quien con vulgares mujeres
busque en groseros placeres

los goces del corazon.

D. JUAN. ¡Vulgares! ¿Cuál no lo es?
Todo amante piensa hallar
una escepcion singular;
pero le enseña despues
la razon severa y fria
que son iguales en suma,
y su amor, como la espuma
que nace y muere en un dia.
(Movimiento de enojo en Alberto.)
No pienses que yo imagino
que de hielo la mujer
no siente en su pecho arder
de amor el fuego divino.
¡No por Dios! Quizá al contrario
sobrado tierna la creo,
porque es su amante deseo
tan universal, tan vario.
El aire, la luz, el cielo
veinte veces en un dia
la hacen reir de alegría,
sollozar de desconsuelo!
Vertiendo sus ojos lloro,
brillan con grato embeleso,
hace sangre al dar un beso;
maldice al decir «te adoro.»
Si al estrecharla en tus brazos
le ajas un rizo, una flor,
huirá de tí por amor
á sus encages y lazos;
que la pasion que atesora
da con tino tan profundo,
que la derrama en el mundo,
y se la niega al que adora.
Ser inconstante y liviano,
verdugo y víctima al par;
se complace en escitar
de venganza afecto insano,
y, como un niño aturdida,
con mil esperanzas juega,
y almas va pisando ciega
por la senda de la vida,
hasta que siente el impío

torcedor del desencanto,
deshecha en inútil llanto,
dando suspiro tardio.
Esto es la mujer.

ALBERT. ¡Mentira!
Al juzgarla tan cruelmente
tu corazon nada siente
y tu cabeza delira.
*Contra tan infiel retrato
*otro mi alma me ofrece
*que mas á ella se parece
*que el que trazaste insensato.
Cual humano, frágil sér
es al cabo; no imagino
yo que es un ángel divino;
la amo, Juan, porque es mujer.
Porque sé que, estremecida
de placer, miedo y rubor,
ella es quien nos tiene amor
antes que tengamos vida.
Quien arrulla con su canto
nuestro primer sueño leve,
quien con su sonrisa bebe
las gotas de nuestro llanto.
Quien con santa inspiracion,
abre, del mal á despecho,
á la bondad nuestro pecho,
nuestra boca á la oracion.

D. JUAN. Es verdad; pero escusada
verdad; por mal que te cuadre,
que el santo amor de una madre
no se compara con nada.
Mas la mujer...

ALBERT. La mujer
siempre con pura influencia
domina nuestra existencia
y ennoblece nuestro sér.
(D. Juan sonrie con irónica incredulidad.)
Por ella, solo por ella,
la desdeñada virtud
de la loca juventud
es alumbradora estrella.
Que el rudo afan que sofoca

y hace latir nuestro seno,
lo trueca en gozo sereno
la sonrisa de su boca.
*Esa sed inquieta y vaga
*de una ignorada ventura
*que sentimos, la ternura
*de su mirada la apaga.
Y hoy que tédio asolador
nos anticipa la muerte,
y en cieno el agua convierte
y trueca en polvo la flor;
que, rotos del bien los lazos
y humo vano la pureza,
la humanidad su cabeza
dobla y se cruza de brazos,
¿quién es, sino la mujer,
quien con palabra bendita,
como á Lázaro le grita:
«Alza y recobra tu sér.»

D. Juan. ¿Es decir que á Dios igual
la crees?

Albert. Movió Dios su mano,
y brotar hizo un anciano
agua de un vil pedernal.
Dios la inspira, y ella alcanza
que en el seno árido y duro
á su voz renazca el puro
manantial de la esperanza.

D. Juan. Religioso en demasía
estás, y te aviso, Alberto,
que predicas en desierto
así hablando á el alma mia.
*No defiendas tu opinion,
*si en Dios su defensa estriba,
*porque de tejas arriba
*solo veo confusion.
Hasta el cielo nunca llega
mi pensamiento.

Albert. Tambien
con sacrílego desden
yo lo olvidaba.

D. Juan. Pues ruega
á Dios, me dé contricion,

mientras que yo pobre humano
quiero por camino llano.
evitar tu perdicion.

ALBERT. ¿Mi perdicion?

D. JUAN. Si por cierto,
que en este siglo de males
ya no brotan manantiales
de las peñas del desierto.
Y muy lejos la mujer
de inspirarnos noble instinto,
en confuso laberinto
enervando nuestro sér
á su capricho lo inmola.
Luego el esclavo despierta
y de *ella* la liberta...
el cañon de una pistola.

ALBERT. *¿Con que todo hombre que ama
*arrostra la misma suerte?

D. JUAN. *No en el seno de la muerte
*apagan todos su llama:
*mas quien tal fin no prefiere,
*llevar se deja adelante
*cual cadáver ambulante
*sin saber si vive ó muere.

ALBERT. (*Con enojo creciente.*)
Pues sea cual fuere el destino
que tema tu prevision
no evites mi perdicion;
déjame andar mi camino.
Si un universal decreto
nos obliga á padecer,
esclavos de la mujer,
yo obediente lo respeto
y aun adoro mi cadena.

D. JUAN. Contemple tu ceguedad
que es diosa la libertad.

ALBERT. Y un ángel mi Magdalena.

D. JUAN. Loco estás.

ALBERT. Bien, pero en vano
crees curarme, te lo advierto.
No quiero sanar.

D. JUAN. Alberto,
Dios te tenga de su mano.

Te has de acordar algun dia...

ALBERT. (*Con severidad.*)
Mientras llega, yo te pido
que des mi amor al olvido.
No quiero sanar.

D. JUAN. ¿Seria
posible que tu cariño...

ALBERT. (*Con amarga reconvencion.*)
No, mas pensé que el objeto
que mas amo, tu respeto
merecia.

D. JUAN. Eres un niño.
(*Con cariño estremado.*)
Si vieses... pero esa mano
estrecha, y todo concluya.

ALBERT. (*Comprendiendo el sentimiento de don Juan.*)
Sí: no hay nada que destruya
nuestra amistad. De verano
nube pasagera fué
mi enojo..
(*Reparando en un reloj que debe haber en la escena.*)
Mas... ¡Dios!... ¿qué veo?
Ya son las dos, y deseo
escribir. Dispensa...

D. JUAN. ¿Qué?

ALBERT. Que aquí te deje, obligado
á salir.

D. JUAN. Vé, yo te sigo.
(*Se estrechan las manos con ternura, y sonriendo con ligera ironía dicen.*)
Aunque escéptico, tu amigo.

ALBERT. Tu amigo, aunque enamorado.

ESCENA VI.

DON JUAN.—*Despues* ENRIQUE.

D. JUAN. Nada, está loco. Tambien
yo lo estuve, y condenado
tambien cual yo se verá
á trocar en odio amargo

tanto amor como atesora;
á arrastrar como yo arrastro
la vida... No sé qué diera
por conseguir evitarlo.
*¡Todos así! El sentimiento
*es verdugo despiadado
*que en verdugos nos convierte.
*¡Todos así!... no, me engaño:
*Todos no, que hay escepciones;
*los tontos y los malvados.

ENRIQ. *(Riendo.)*
¡Ah! ¡ah!

D. JUAN. ¿Qué te pasa?

ENRIQ. Un lance
chistosísimo. ¿Un tabaco,
(Sacando la petaca y ofreciéndole.)
quieres?

D. JUAN. No, gracias.

ENRIQ. Pues mira
que es de la *Vuelta de abajo.*

D. JUAN. No quiero fumar.

ENRIQ. *(Encendiendo el cigarro.)*
Ahora de recogerlos acabo.

D. JUAN. ¿Por qué te reias!

ENRIQ. ¿Por qué?
Verás: salí de mi cuarto
porque el cartero... ¡A propósito!...
¿Te acuerdas del semi-diablo,
semi-mujer que me tuvo
en París encadenado?

D. JUAN. No recuerdo...

ENRIQ. *Mademoiselle*
Fleur d'aubepine.

D. JUAN. No caigo...

ENRIQ. Que era *entretenúe* del ruso,
aquel de bigotes largos...

D. JUAN. ¡Ah, sí!

ENRIQ. Pues oye: me escribe
diciendo... ¡de risa estallo!
que ha sido débil conmigo.

D. JUAN. ¡Ella *débil*!!!

ENRIQ. Y yo sándio,
porque su *debilidad*

me costó doce mil francos.

D. JUAN. ¡Es chistoso!

ENRIQ. Y me apellida
seductor y padre ingrato.

D. JUAN. *(Dejando el tono irónico.)*
¡Padre!

ENRIQ. Sí, padre dudoso.

D. JUAN. ¡Y á un niño has abandonado!

ENRIQ. ¿No lo has hecho nunca tú?

D. JUAN. *(Con enojo y pena.)*
No lo sé.

ENRIQ. Da para el caso
lo mismo; á mas que ya ha muerto.

D. JUAN. ¡Feliz él!

ENRIQ. Por muchos años
nos guarde Dios de esa dicha.

D. JUAN. ¡Psé!

ENRIQ. Sin compartirla alabo
tu indiferencia.

D. JUAN. ¿Y la carta
reir te hizo?

ENRIQ. No: del cuarto
salí. A buscarte venia;
y al atravesar el patio
en un balcon ví dos jóvenes
muy bellas.

D. JUAN. ¡Y te ha causado
esa hilaridad su vista!

ENRIQ. La de una sola.

D. JUAN. No caigo
en el motivo.

ENRIQ. La una
hermana es de Alberto.

D. JUAN. Exacto.
La otra su amante.

ENRIQ. ¿Su amante?

D. JUAN. ¿No me has entendido?

ENRIQ. ¡Bravo!
Es decir que se la pega
al Marqués...

D. JUAN. ¿Como? No alcanzo
á comprender...

ENRIQ. Esa niña...

D. JUAN. Es la hija de un anciano
militar, y compañero
del Marqués...
ENRIQ. *(Con marcada ironía.)*
¡Pues está claro.
D. JUAN. El la protege...
ENRIQ. ¡Pues no!
D. JUAN. ¿Qué quieres decir?
ENRIQ. El lazo
no está mal...
D. JUAN. ¿Cómo?
ENRIQ. ¿Conoces
tú al Marqués?
D. JUAN. Ha muchos años
que le conocí en América,
pero apenas nos tratamos.
ENRIQ. Tenia una hija.
D. JUAN. *(Con disgusto creciente.)*
Lo sé.
ENRIQ. ¡Murió!
D. JUAN. Lo sé.
ENRIQ. Ha cuatro años.
D. JUAN. Repito que no lo ignoro.
ENRIQ. Afligido el pobre anciano
por la muerte de su hija,
escondido mas de un año
vivió; mas Dios á sus puertas
un ángel descarriado
llevó, que escapó á mis uñas
poco antes por milagro,
y en el carcomido tronco
de su existencia brotaron
otra vez hojas y flores
de Magdalena al halago.
D. JUAN. ¡Magdalena!
ENRIQ. Era una niña
que teniendo unos tres años,
á nuestro umbral una noche
llegó, llevada en los brazos
de su madre, y á la mia
conmovió su desamparo.
Ambas quedaron en casa.
D. JUAN. Parece un cuento.

ENRIQ. Pasaron
meses, años, y la niña
jóven fué llena de encantos,
que á mi natural deseo
le daba muy malos ratos.
Murió su madre, y victoria
canté, que no ví en mis años
mas celoso Can-cerbero.
D. JUAN. ¿Y despues?
ENRIQ. Tenté, está claro,
por mil medios poseer
su belleza; mas ni halagos,
ni promesas la rendian,
y mi madre, columbrando
el hecho, intentó alejarla
casándola.
D. JUAN. Bien pensado.
ENRIQ. Sí; pero negóse ella
á acceder, y aprovechando
yo la ocasion, la estreché
de tal modo, que su cuarto
se halló vacío una mañana
y en la mesa, destinado
habia un billete á mi madre.
El declaraba el arcano
de su huida con palabras
sentimentales, y el caso
verdadero era que yo
ni su novio le gustábamos.
D. JUAN. ¿Y no supísteis?...
ENRIQ. Mi madre
se indignó. Yo, como acabo
de verlo, creí que la suerte
tal vez la pondria en mi paso.
D. JUAN. ¿Seguro estás de que es ella?
ENRIQ. La misma que tras dos años
de vivir, yo no sé cómo,
solo sé que con encantos,
jóven, ignorada y sola,
de ese viejo millonario
llegó á la puerta, y subió
desde el zaguan al estrado.
El misterio que esto encierra

fácil es adivinarlo,
y fácil tambien pensar
que por contraste á los blancos
pelos del Marqués, la niña
no desdeñe los castaños
y así me reia, pues que
yo pensaba... ¡Voto al diablo!
Ya no podré, porque Alberto
me ha ganado por la mano.

D. JUAN. (¡Y su noble corazon
caeria en tan torpe lazo!)

ENRIQ. ¿Qué es lo que tienes?

D. JUAN. ¿Tú sabes
lo que has dicho? ¡ Desgraciado
Alberto!

ENRIQ. ¿Por qué?

D. JUAN. ¡La ama!

ENRIQ. ¿Y qué?

D .JUAN. Con amor tan casto,
que piensa hacerla su esposa.

ENRIQ. ¡Su esposa!! Por muchos años.
(Riendo.)
Le hará... ¡feliz!

D. JUAN. Miserable.

ENRIQ. *(Con aire agresivo.)*
¿Cómo es eso?

D. JUAN. Sí... ¡insensato!
En reñir contigo el tiempo
iba á perder, que en salvarlo
debo emplear... pero ¿cómo?

ENRIQ. A no ser por lo que acabo
de oir... yo sé un medio.

D. JUAN. ¿Cuál?

ENRIQ. Yo nunca tolero...

D. JUAN. Vamos,
dí ese medio, que despues
nos mataremos si tanto
afan tienes por reñir.

ENRIQ. Confiesa que acalorado...

D. JUAN. Sí, lo confieso. Di pronto.

ENRIQ. Yo tambien siento que un guapo
chico por candor...

D. JUAN. Acaba.

ENRIQ. Pues si con ella yo hablo,
seguro estoy de que rompe
con Alberto.

D. JUAN. Pero acaso...
¿pensarias tú abusar?...

ENRIQ. Te veo tan preocupado
hoy de ideas caballerescas,
que de imitarte yo trato.
Hasta que Alberto la olvide,
solemne promesa hago
de nutrirme de esperanza.

D. JUAN. Víbora con guantes blancos,
¿cumplirás lo que prometes?

ENRIQ. Te doy mi palabra y mano.

D. JUAN. ¿Pero ese medio...

ENRIQ. Verás.
(Tira de una campanilla, y sale un criado por el fondo. Enrique saca de su cartera una targeta, en la que escribe con el lápiz.)
Esta targeta, volando,
llévala á la señorita
Magdalena. Que la aguardo
aqui, añades.
(El criado entra por la puerta que entró Magdalena: á poco sale, y se retira por el fondo.)

D. JUAN. ¿Y vendrá?

ENRIQ. ¿Quién lo duda? Vé tú en tanto
á entretener alli á Alberto.

D. JUAN. Pero dime...

ENRIQ. Mas despacio
hablaremos. ¡Calla... es él!
(Alberto y Eloisa salen por distintas puertas, dispuestos para salir á la calle.)

D. JUAN. ¡Y su hermana?

ENRIQ. ¡A que se ha aguado
mi plan!

D. JUAN. ¡Silencio!

ENRIQ. Procura
muy lejos de aqui llevártelo.

ESCENA VII.

Dichos.—ELOISA.—ALBERTO.

Alberto se dirige á saludar á Enrique. Don Juan se adelanta á Eloisa, y le estrecha la mano con cariñosa confianza.

ALBERT. *(A Enrique.)*
¿Se ha descansado?
ELOISA. ¡Mendoza!
D. JUAN. Eloisa.
ELOISA. Ya sabia
por Alberto su llegada.
D. JUAN. Y dispuso mi propicia
suerte que hallase aquí á ustedes.
ALBERT. *(A su hermana, presentándole á Enrique.)*
Don Enrique de Medina,
amigo de Juan y mio.
ELOISA. *(Saludando.)*
Es muy justo.
ENRIQ. *(Idem.)*
Señorita...
ELOISA. Ustedes permitirán...
¿Vamos, Alberto?
ALBERT. Creia
que esperabas... ¿Sales sola?
Magdalena...
ELOISA. Una visita
del Marqués le han anunciado.
ALBERT. ¿Pero aguardar no podrias?...
ELOISA. No: dice que no saldrá
hasta la tarde.
ALBERT. (¡Eloisa!
¿Dejar aquí á Magdalena?)
ELOISA. A casa de nuestra tia
podrás llevarme, y con ella
iré a los baños. (¿No miras
que te pones en ridículo?)

ALBERT. Vamos, pues. (¡Oh! me lastima.
(*Dando el brazo á su hermana.*)
No sé qué temor...)
ELOISA. (*Saludando.*)
Adios.
ALBERT. (*Idem.*)
Hasta luego.
D. JUAN. (*A Alberto.*)
Está vecina
á la casa que tú vas
el casino; yo tu pista
voy á seguir. Con que allí
te aguardaré.
ALBERT. (*Con marcado disgusto.*)
Pues de prisa
tienes que andar.
D. JUAN. Voy volando.
Soy contigo.
(*Alberto y Eloisa salen por el fondo.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN.—ENRIQUE.

ENRIQ. Fué magnífica
la ocurrencia; vete pronto
y entretenle, de política
hablando, ó literatura...
ó cualquier cosa.
D. JUAN. Mas cuida
de portarte cual dijimos.
De lo contrario...
ENRIQ. Examina
que Magdalena estará
atisbando tu salida
para venir... conque vete.
D. JUAN. Si le faltas...
ENRIQ. Escatima
amenazas.
D. JUAN. Hasta luego.
(*Vase don Juan.*)
ENRIQ. Velis nolis será mia.

ESCENA IX.

ENRIQUE.—MAGDALENA.

ENRIQ. Magdalena...
MAGD. *(Con altiva severidad.)*
Señor mio.
ENRIQ. Lo primero doy á usted
las gracias por la merced
de escucharme.
MAGD. A mi albedrío
no obedezco al consentir
tan absurda conferencia.
ENRIQ. Deploro que mi presencia
así le enoje.
MAGD. Advertir
debo á usted que acabe luego,
y dígame por qué osado
vuelve así desatentado
á perturbar mi sosiego.
ENRIQ. Tan criminal intencion
no abrigo, por vida mia:
MAGD. Terminemos.
ENRIQ. ¿Todavía
con la misma condicion?
Ya es tiempo de tener calma:
escúcheme usted serena;
aún por usted, Magdalena,
se abrasa en amor mi alma.
(Magdalena va á retirarse, y él se interpone.)
Ha muerto mi madre, y dueño
soy de mi vida y mis bienes;
deponga usted sus desdenes,
y no habrá un capricho, un sueño
que su mente de mujer
apetezca ó divinice,
que yo al punto no realice,
que mi amor...
MAGD. A comprender

no alcanza usté en su afan nécio
que esa palabra en su labio
al amor le causa agravio,
y á mí me inspira desprecio?

ENRIQ. Es que...

MAGD. *(Con desden altivo.)*
Basta.

ENRIQ. *(Con tono iracundo.)*
¡Magdalena!

MAGD. En vano con torpe alarde
grosero intenta y cobarde
amenazarme. Serena,
veré su infamia á mis piés,
que con la ayuda de Dios
me ampara...

ENRIQ. (*Con sarcasmo.*)
¿Cuál de los dos?

MAGD. ¿Cómo?

ENRIQ. ¿Alberto ó el Marqués?

MAGD. ¿Qué dice usted?

ENRIQ. Lo sé todo.
Con todo contado habia
al hablarle. ¿Usted creia
sorprender.. De ningun modo.
¡Y no me inspiran recelos
sus egidas en verdad!
El Marqués me da piedad...
¡Pero Alberto me dá celos!

MAGD. (*Con marcado desprecio.*)
¿Celos usté?

ENRIQ. Esa altiveza
mas enciende...

MAGD. Demos punto,
señor mio, ya al asunto.

ENRIQ. ¡Darle punto y ahora empieza!

MAGD. Dar no debe usté al olvido
que al hablar así deshonra
de su apellido la honra.

ENRIQ. Hablo yo: no mi apellido.
Y sin faltar al respeto
que al sexo es fuerza rendir,
voy, pues, á usté á decir
de mi discurso el objeto.

Siento celos, aunque usté
no lo crea, y necesito
que me ame usté, lo repito:
quien ofendido se vé
como yo, vengarse quiere
y exige á usted mi venganza
(Ademan de desprecio en Magdalena.)
que dé á mi amor esperanza
ó el amor de Alberto muere.

MAGD. *(Con desden y confianza.)*
¡Su amor!

ENRIQ. *(Con ironía.)*
Sencillo, inocente,
amor *pur sang* de novela,
ni desengaños recela,
ni desconfianza siente.
Mas es así porque ignora
que quien lo inspira algun dia
vivió...

MAGD. La desgracia mia
lo trajo á usted aquí ahora:
¿capaz será usted!

ENRIQ. De todo.

MAGD. No es posible tal vileza.

ENRIQ. Deponga usted su esquiveza,
y yo á callar me acomodo.

MAGD. *¡Oh, jamás!

ENRIQ. *En caso tal...

MAGD. *¿No tiene usted corazon!

ENRIQ. *Tengo muy poca aficion
*al tono sentimental.
*Así, pues,

MAGD. *¿Con qué derecho
*eterno perseguidor
*de mi paz?..

ENRIQ. *Con el amor
*que usted encendió en mi pecho.

MAGD. *¡Es una burla hororosa!

ENRIQ. *Es realidad á fe mia,
*que encuentro á usted cada dia,
*Magdalena, mas hermosa.

MAGD. ¡Oh, basta!

ENRIQ. Con que es decir

que usted se resigna.

MAGD. ¡Ah, no!
¿pero qué le hecho á usted yo
para hacerme así sufrir?
Es imposible que sea
tan malo su corazon
como afecta. Compasion
le pido.

ENRIQ. Pero usted vea
que es un sobrehumano empeño,
cuando la amo pretender
que á otro hombre pueda ver
de tanta hermosura dueño.
Por última vez. Si en vano
rogué, tenga usted por cierto
que revelo hoy mismo á Alberto
de su existencia el arcano,
Y venciendo en mi porfía,
no será usted ¡vive Dios!
de ninguno de los dos,
pues que no quiere ser mia.

MAGD. (¿Por qué merezco, Dios santo,
que me hagas así penar?)

ENRIQ. (¡Me duele verla llorar!
¡pero soy un necio! llanto
de mujer muy poco dura.)

MAGD. (El escuchará á su amor,
mas dudando de mi honor
quiza... ¡qué horrible tortura!)

ENRIQ. Perdone usté si enfadoso....

MAGD. No aumente usté mi tormento.

ENRIQ. En tal caso aunque lo siento...

MAGD. ¡Sea usted por Dios generoso!
Olvide el funesto encanto
que al mal así lo encadena.

ENRIQ. Suplico á usted, Magdalena,
que enjugue ese inútil llanto.

MAGD. Sí... alguien viene.

ENRIQ. (*Mirando al fondo.*)
Es el Marqués.
Conteste usted.

MAGD. ¡Oh! ¡no puedo!
mas tarde...

ENRIQ. A esperar accedo.
MAGD. ¡Vírgen santa!
ENRIQ Hasta despues.
(*Sale Enrique por la puerta de la derecha. El Marqués entra por el fondo.*)

ESCENA X.

MAGDALENA.—EL MARQUÉS.

MAGDALENA *sale al encuentro del* MARQUÉS *y le estrecha ambas manos con grande agitacion.*
MAGD. ¡Ah, señor!
MARQ. ¿Qué te agita?
MAGD. (*Como hablando consigo misma.*)
Si es forzoso...
MARQ. ¿Llorando estas? ¿Qué tienes, Magdalena?
MAGD. Es forzoso, señor, que de mi vida
el misterio concluya.
MARQ. Mas ¿qué es esto?
ese llanto...
MAGD. Usted sabe la amargura
que ese secreto derramó en mi vida:
hoy mas que nunca mata mi ventura.
¿Por qué callarlo? Alberto...
MARQ. Nada ignoro:
conozco que te ama.
MAGD. ¡Padre mio!
MARQ. ¿Y tú?
MAGD. Le amo tambien.
MARQ. ¿Por qué ese lloro?
MAGD. Es esclavo del suyo mi albedrio.
Pedirle á usté mi mano
veces mil intentó: yo le contuve;
mas hoy lo quiero yo; pero el arcano
de mi vida es forzoso que no exista.
MARQ. Si en ello solo estriba tu ventura.
MAGD. (*Con tono de dolorosa reconvencion.*)
Mi ventura y mi honra.
MARQ. ¡Magdalena!

MAGD. Mi honra que está como mi alma pura.
MARQ. No comprendo...
MAGD. Mas tarde, lo prometo,
todo lo esplicaré.
MARQ. Oye, hija mia:
respetando la paz de tu inocencia
tu origen oculté; ¿tú no me viste
solo, á veces, llorando...?
MAGD. De mi madre
el retrato besar, y yo creia
el nombre ansiado pronunciar de padre...
MARQ. Llámame padre, sí; tal me llamaba
la desgraciada á quien el ser debiste!
MAGD. ¡No en vano el corazon me lo anunciaba!
MARQ. Oye: en la noche de recuerdo triste
que en mis brazos murió, me dijo el nombre
de la mujer que te cuidó en tu infancia
su retrato me dijo que tenias,
y en cambio de la hija que lloraba,
Dios te envió para encantar mis dias.
MAGD. ¿Con que es verdad? ¡El dulce pensamiento
que acaricié!..
MARQ. Su alma, Magdalena,
nos bendice al mirar nuestro contento.
Mas ¿qué tienes?
MAGD. El gozo me enagena:
¿y mi padre?
MARQ. ¡¡Murió!!
MAGD. ¿Dónde la losa
de su sepulcro está? ¿Cuál es su nombre?
quiero ostentarlo alegre y orgullosa.
MARQ. ¡Su nombre!
MAGD. Si, saberlo necesito.
MARQ. Pero...
MAGD. Que borre de mi frente pura
el injusto baldon que lleva escrito.
MARQ. Tu ignoras, pobre niña, que tu madre...
MAGD. ¡No mas, por compasion! ¡bien lo comprendo!
pero él ¿dónde esta?
MARQ. ¡Ay, ese hombre!
MAGD. No me rechazará. ¿No es él mi padre?
¿quién á su hija negará su nombre?
¿en dónde está?

MARQ. Me matan tus palabras.
¡¡Yo no sé ni quién es!!
MAGD. ¡¡Oh, Dios clemente!!
MARQ. Al deshonrar mi encanecida frente,
á su crimen unió la villania
de abandonar tu seducida madre.
Sin fe, sin corazon...
MAGD. *(Con amargura suplicante.)*
¡Ah! ¡que es mi padre!
MARQ. Tienes razon; perdona. Yo su suerte
siempre ignoré, y su nombre de mi oido
llegó á robarlo la implacable muerte.
Mas, recobra tu ánimo abatido:
si Alberto es digno de tu amor, tu alma
solo amará, y á él la amarga historia
revelaré que emponzoñó mi vida,
y en verte suya cifrará su gloria.
Yo su padre seré.
MAGD. ¡Nunca! Perdida
tiene ya el corazon toda esperanza.
Aunque un dolor inmenso lo taladre,
no compraré su paz ni su alegria
á costa de la honra de mi madre.
MARQ. ¿Cómo?
MAGD. Si hiciera mi fortuna impia
que mi mano rehusase; en ese caso
¡á mi madre, á mi madre ofenderia!
¡nunca será! ¡Conozco que en mi alma
él siempre vivirá!
MARQ. ¡Pobre hija mia!
MAGD. No tema usted: mi madre desde el cielo
me alentará para arrostrar mi suerte.
MARQ. Y acaso un dia encontrarás consuelo.
MAGD. ¡Sí: tal vez! (¡En el seno de la muerte!)
mas preciso es, señor, que no le vea;
que no le hable yo.
MARQ. Mas... ¿de qué modo?
MAGD. Hoy mismo es fuerza que de aquí salgamos.
MARQ. ¿Cómo?.. Si quieres, el vapor del puerto
(Tirando de un llamador.)
alcanzaremos, y de allí esta noche...
MAGD. *(Entrando precipidamente en su habitacion.)*
¡Sí, sí, pronto por Dios!

MARQ. (*A un criado que se retira despues de la órden del Marqués.*)
Volando, un coche.

ESCENA XI.

EL MARQUÉS.—DON JUAN.—ALBERTO.—*Despues* MAGDALENA.

MARQ. (*Dirigiéndose á un criado que saldrá inmediatamente despues de retirarse el anterior. El segundo debe aparecer viejo.*)
Pedro.
CRIADO. Señor...
(*D. Juan y Alberto que aparecen en el dintel de la puerta, oyen las palabras del Marqués.*)
MARQ. Ahora mismo
salimos la señorita
y yo de Cádiz: mañana,
en el vapor de Sevilla
tu vas; y llevas los cofres.
Paga en la fonda y avisa
á mi banquero.
CRIADO. Está bien.
(*Váse.*)
D. JUAN. (¡Se portó Enrique!)
ALBERT. (*Al Marqués.*)
No atina
mi confusion... ¿Es exacto
lo que escucho?
MARQ. Me precisa
á salir de Cádiz hoy...
ALBERT. ¿Y esa marcha repentina...
Magdalena..?
MARQ. Me acompaña.
(*Magdalena sale de su habitacion de sombrero. Trae una carta en la mano.*)
ALBERT. (¡Ella!)
MAGD. (¡Cielos!)

D. JUAN. (¡Pobre niña!)
(Alberto se acerca á Magdalena, que desliza en su mano la carta cuyo sello va á romper Alberto, y ella le detiene. El quiere hablar y ella con ademan suplicante, y enjugándose sus lágrimas le pide que calle; le estrecha la mano, que Alberto cede maquinalmente, y se agarra del brazo del Marqués. Durante esta escena muda, don Juan se acerca al Marqués y dice las breves palabras que indica el diálogo.)
(Me conmueven su belleza
y juventud.)

MARQ. (¡Hija mia!)

D. JUAN. Señor Marqués, esa jóven
acaso es de la familia
de usted?

MARQ. No señor.
(A Alberto estrechando su mano que este abandona.)
Adios.
(A Magdalena.)
¿Vamos?

MAGD. *(A Alberto con voz ahogada.)*
¡Adios!!!
(Magdalena saluda con la cabeza á D. Juan, y este le devuelve su saludo con el aire de un hombre que se halla bajo el dominio de un sentimiento penoso.)

D. JUAN. Señorita..!

ESCENA XII.

DON JUAN.—ALBERTO.

ALBERT. ¿Es un sueño?

D. JUAN. (¡Pobre Alberto!
Oh si realmente esa niña
le amase...) ¿En qué piensas?

ALBERT. Sí;
de una horrible pesadilla
soy la presa; mas leamos.
(Abre la carta y la lee con muestras de profun-

da desesperacion; la arruga y la arroja al suelo, dejándose caer sobre una silla y cubriéndose el rostro con las manos.)
¡Ella dejarme!! ¡mentira!

D. JUAN. (Será acaso una coqueta?)
(Leyendo.)
»Adios Alberto, su fé
»consagre á mejor objeto:
»de usté me aparta un secreto
»que jamás revelaré.
»No habrá para mí otra pena
»mas amarga que su olvido;
»sin embargo yo le pido
»que me olvide.—Magdalena.»

ALBERT. Tu funesta profecia
se cumplió. ¡No puede ser!
¡Ah! sí: que en formas divinas
su aliento infunde el infierno.

D. JUAN. ¡Valor!

ALBERT. ¿Qué es valor? ¿Qué finja
calma, cuando mis entrañas
despedazadas palpitan?
¡Ah!
(Arroja este grito fijando su vista en el balcon, al que se dirige procurando en vano D. Juan detenerlo.)

D. JUAN. ¡Se alcanza á ver el vapor!
¡Detente!

ALBERT. ¡Ya de mi vista,
quizá por siempre se aleja!

D. JUAN. Mas oye...

ALBERT. Adios; necesita
mi alma estar sola.
(Entra precipitadamente en su habitacion.)

D. JUAN. ¿Qué estraño?
Es tan jóven. Esa niña,
no sé por qué pura, casta,
á mis ojos parecia.
Leamos, me distraerá
la farsa de la política!
(Dice esto cogiendo un periódico que habrá sobre una mesa, y dejándose caer en una butaca.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de baile brillantemente iluminado. Entre los adornos habrá ramos de flores y otros accesorios que revelen la estacion en que se supone que pasa la escena, que es la primavera. Este salon terminará en el fondo por una galería con columnas, por la que se verán pasar convidados, criados con bandejas, etc.—En ambos lados una puerta en primer término con cortinas, y en segundo una ventana.

ESCENA PRIMERA.

ELOISA.—*Despues* ALBERTO.

Al levantarse el telon, aparece Eloisa delante de un espejo, arreglando su tocado. A poco sale Alberto por la puerta de la derecha, y se detiene en su dintel. Alberto tiene el rostro pálido y con marcada espresion de disgusto é indiferencia, sentimiento que procura ocultar, segun lo indica el diálogo.

ELOISA. *(Componiendo un ramo que tiene en el pecho.)*
Acaso mejor seria
no haberme puesto estas flores;
son tan vivos sus colores,
que mas bien... ¡qué tonteria!
(Con inocente satisfaccion.)
Una señora casada
no debe en esto pensar.
Yo siempre le he de agradar
á Luis...

(Reparando en su hermano, cuya imágen se refleja en el espejo.)
¡Ay qué mirada
tan triste que tiene Alberto!
(Volviéndose á él.)
Señor mio, buenas noches.

ALBERT. Pensé que ruido de coches
habia oido.

ELOISA. Sí por cierto.
Ya ha venido alguna gente;
mas no quien usté desea.

ALBERT. ¿Yo desear? ¡Es la idea
peregrina!

ELOISA. Ciertamente;
¿quién á un deseo á tus años
dará en el alma cabida?
¿Qué es mas á esa edad la vida
que achaques y desengaños?
Yerta la sangre en las venas,
cuenta el alma, en su agonía,
las horas de cada dia
por desencantos y penas.
En la tierra, en el espacio
no hay nada que ponga fin
á ese *Byroniano spleen*
que lo tiene á usté tan lacio.
¿No es verdad?

ALBERT. Ya no es severo
tal juicio, es calumniador.
Yo me divierto.

ELOISA. ¡Mejor!
¿Vas á echarla de ligero?
¿Piensas hacerme creer
que los bailes y paseos
son iman de tus deseos,
manantial de tu placer?
Aunque digas, pobre hermano,
que ya no puedes sentir,
algo noto yo latir
cuando pongo aquí la mano.
(Tocando el pecho de Alberto.)
Inundando ese latido
de gozo mi corazon,

que despierte á mi presion
el tuyo, que está dormido.

ALBERT. Ingrato y torpe sería
si á tu cariño callase.

ELOISA. ¡Qué poco oportuna frase
de vana galantería!
No se trata del cariño
fraternal.

ALBERT. Pues mas, no acierto...

ELOISA. Pretendes en vano, Alberto,
engañarme. Eres un niño.

ALBERT. (*Sonriendo.*)
No disputaré yo á usted
los fueros de su esperiencia.

ELOISA. En ciertas materias, ciencia
nos da de Dios la merced
á las mujeres, y así
penetro en tu corazon
y en él leo la razon
que te ha conducido aquí.

ALBERT. Quizá te engañes.

ELOISA. No quiera
el cielo. Mas por tu vida
dime, Alberto: ¿así se olvida
una pasion verdadera?

ALBERT. Así la negra traicion
la sofoca en solo un dia.

ELOISA. Mas deja...

ALBERT. Ceniza fria
en el muerto corazon.

ELOISA. Ceniza que al soplo leve
de un grato recuerdo vuela,
y oculto fuego revela
lo que juzgábamos nieve.
Y ¡quién sabe si esa llama
el bien nos dará que huimos!
¡Quién sabe si maldecimos
á quien nos llora y nos ama!

ALBERT. (*Con ansiedad y alegría.*)
¡Eloisa, tú quizas
has hablado...!

ELOISA. Mi alma goza
al verte...

ALBERT. ¿Quién es?
ELOISA. (*Mirando á la izquierda del fondo.*)
Mendoza.
Sí...
ALBERT. Ni una palabra mas.

ESCENA II.

Dichos.—DON JUAN.

Don Juan saluda á Eloisa sin reparar en Alberto, que se apoya sobre una consola con aire pensativo.

D. JUAN. Eloisa...
ELOISA. Bien venido.
Su promesa cumplió usté.
D. JUAN. Nunca hasta ahora dejé
de cumplir lo prometido.
¿Cómo cuando el cumplimiento
me ofrece placer y honor?
Ha seis meses que el amor
celebró su casamiento,
¿y á la fiesta faltaria
que la ventura de usted
recuerda?
ELOISA. ¡Tanta merced!
D. JUAN. Aranjuez, durante el dia
¿ha estado muy concurrido?
ELOISA. Hoy no he salido de casa:
hace ya un calor que abrasa.
¿Ha visto usté á mi marido?
D. JUAN. Le he saludado al entrar.
(*Reparando en Alberto, que se adelanta á los interlocutores.*)
¡Calle!... ¡Tú aquí! ¿Esta mañana
no me dijiste?...
ALBERT. A mi hermana
tampoco quise faltar.
ELOISA. (*Aparte á don Juan.*)
(Eso es mentira.)

ALBERT. Vi un tren
pronto á salir... las carreras
de caballos... lo que quieras.
En fin, me pareció bien
pasar esta noche aquí.
D. JUAN. ¿Quién te pide esplicaciones?
ALBERT. ¿Hay ya gente en los salones?
D. JUAN. No poca.
ELOISA. ¿Vas allá?
ALBERT. Sí.
ELOISA. ¿Piensas bailar?
ALBERT. No lo sé:
tal vez.
(*A don Juan.*)
¿Quién viene contigo?
D. JUAN. Enrique con otro amigo.
ALBERT. Voy á buscarlos.
(*Vase.*)

ESCENA III.

DON JUAN.—ELOISA.

D. JUAN. ¿Por qué
tan estraño desconcierto
noto?...
ELOISA. Porque la mujer
tiene un inmenso poder;
aunque usted no quiera.
D. JUAN. ¿Alberto
esclavo en otra cadena...
ELOISA. No, en la misma que llevaba.
Ama siempre á quien amaba.
D. JUAN. ¿Qué dice usted?
ELOISA. A Magdalena.
D. JUAN. No puede ser.
ELOISA. Creo que sí.
D. JUAN. ¿Le ha hablado?
ELOISA. Pienso que no.
D. JUAN. ¡Ni le hablará!

ELOISA. ¡Qué sé yo!
Pronto veremos.
D. JUAN. ¿Aquí
está ella?
ELOISA. No: vendrá.
Yo le he escrito que viniese.
D. JUAN. ¿Para...
ELOISA. Para que la viese.
D. JUAN. ¿Y él por eso...
ELOISA. Vamos, ya
dió usted en el quid. Ha tres
dias que á Madrid llegó.
Al punto le escribí yo,
y esta mañana, al Marqués,
Luis, pidiéndole atento
que viniesen sin escusa
esta noche.
D. JUAN. ¿Y si rehusa
aceptar?
ELOISA. Presentimiento
tengo de que usté se engaña:
sí, que imagino que Dios,
porque se viesen los dos,
dispuso su vuelta á España.
Delicada en demasía,
ordenaron los estraños
médicos que á tomar baños
volviese á la Andalucía:
que se ve ya amenazada
su combatida existencia:
de su pasion la influencia
no está muerta; está callada.
D. JUAN. *(Con ironía.)*
¡Su pasion!
ELOISA. Pasion ardiente,
aunque usté no la comprenda.
D. JUAN. ¿Qué?
ELOISA. La duda es una venda
que ver la luz no consiente.
D. JUAN. Un juicioso escepticismo
nos hace mas claro ver.
ELOISA. El alma de la mujer
para usted es un abismo.

D. JUAN. Quizá sea el sentimiento
lo que me haga desear
que llegue Alberto á olvidar...
ELOISA. ¿Y hay mas imposible intento?
¡Olvidarla! El tiempo en vano
y la ausencia lo han querido;
su amor aumenta escondido
de su pecho en el arcano.
Dice que le inspira enojos
hablar de su amante historia,
y al traerla á su memoria
brillan húmedos sus ojos.
Nada su inquietud serena,
hielo halla en cuanto toca,
y siempre vaga en su boca
el nombre de Magdalena.
¿Y piensa usté entre dos séres
que el mismo Dios asi ha unido
interponer el olvido,
calumniando á las mujeres?
D. JUAN. Si un mal intento evitar...
ELOISA. ¡Siempre juicios de *esprit fort*!
¿Qué mal existe mayor
que el de vivir sin amar?
D. JUAN. Disputar con una bella
no es cortés, y en tal asunto...
ELOISA. Quiere usted ya darle punto
porque está vencido.
(Se oye un carruage y Eloisa corre á la ventana de la izquierda.)
¡Es ella!
D. JUAN. ¿Quién?
ELOISA. ¡Magdalena! ¡Fué mia
la victoria! ¡Qué elegante!
Voy á abrazarla al instante.
Estoy loca de alegría.
(Sale corriendo por la izquierda del fondo.)

ESCENA IV.

DON JUAN, *solo.—A poco,* MAGDALENA.—ELOISA.—EL MARQUÉS.

D. JUAN. ¡Otra vez esa mujer
en la senda se interpone
de Alberto. Si llega á hablarle...
¡Preciso es que yo lo estorbe
á toda costa! ¡Tal vez
por ella vino esta noche!
ELOISA. (*Entrando cariñosamente enlazada á Magdalena. El Marqués los sigue.*)
¡Qué hermosa estás!
MAGD. ¡Lisonjera!
ELOISA. Por mil diversas razones
no he podido cual queria
ir á Madrid. ¡Desde anoche
con una ansiedad te espero!
Mendoza, ¿usted no conoce
(*Presentándolos mútuamente.*)
al señor Marqués del Soto?
Don Juan de Mendoza, el hombre
mas escéptico del mundo
á pesar de un alma noble.
MARQ. Las ideas del señor
desmentirán sus acciones.
D. JUAN. (¡Me confunde!)
MARQ. Y no es estraño
que en estos tiempos que corren
en las sombras de la duda
tal vez la virtud se esconde.
D. JUAN. (¡Me avergüenza su bondad!)
Con injusticia supone
en mi, méritos y faltas
Eloisa.
ELOISA. Está la noche
modesta con demasía.
(*El Marqués y D. Juan hablan entre sí.*)

MAGD. Y, ¿por qué, dí, de la córte
has salido tan temprano?
ELOISA. En la estacion de las flores
¿quién se resigna allí á estar?
(Continúan hablando entre sí.)
D. JUAN. Sí señor: há diez ú once
meses que en Cádiz nos vimos.
MARQ. Yo á épocas anteriores
me refiero. ¿Ha estado usted
en Cuba?
D. JUAN. Siendo muy jóven.
(¿Sospechará?) Y de la honra
de tratar á usted, entonces
privado estuve.
ELOISA. *(Al Marqués.)*
¿Es cuestion
política la que absorve
la atencion de ustedes?
MARQ. No.
¿Y Luis?
ELOISA. En los salones
recibiendo con mamá.
¿Llamaré...
(Dirigiéndose á un tirador.)
MARQ. Que se incomode
no es justo.
ELOISA. Mendoza, usted
que bien la casa conoce,
guie al Marqués.
MARQ. ¡Tal favor!
D. JUAN. Con gusto estoy á sus órdenes.
MARQ. Mil gracias.
(El Marqués habla aparte con Magdalena y Eloisa.)
D. JUAN. (¿Sabrá el Marqués...?
No: fuerza será que ignore
quién soy: de otro modo habria...
¡Fatal recuerdo que impone
miedo á mi alma y vergüenza!)
MARQ. Ella dirá.
(Con Eloisa.)
ELOISA. Aunque se enoje
se ha de quedar: yo lo exijo,

lo menos hasta las doce.

MARQ. (*A Don Juan que estará sumido en la mayor absorcion.*)
Cuando usté guste.

D. JUAN. Le ruego
á usted, Marqués, que perdone.
Distraido...

MARQ. No hay de qué.
(¿Dónde he visto yo á este hombre?)

ESCENA V.

MAGDALENA.—ELOISA.

ELOISA. ¡Con que tan pronto querias
retirarte! Se conoce
que ha muerto en tí el sentimiento
que unió nuestros corazones!
¡Ingrata! Despues de aquella
pronta partida, á tu nombre
y el del Marqués veces mil
te escribí, esplicaciones
pidiendo en vano.

MAGD. Te ruego,
Eloisa, que no toques
ese asunto. Vé que sufro
amarguísimos dolores.

ELOISA. ¿Y por qué, dime, á tu hermana
la causa de ellos escondes?
¿Confianza no te inspiro?

MAGD. Secretos devoradores
hay que guarda el corazon
de sí mismo.

ELOISA. ¿Tan enormes
serán tus penas? ¡Y quieres
que tranquila las ignore!

MAGD. Hablemos de otra materia.
¿Eres feliz?

ELOISA. Que yo logre
dicha entera no es posible,

mientras que turben mis goces
las penas de los que amo.
¡Alberto!

MAGD. (*Con sobresalto.*)
¿Cómo?

ELOISA. Dolores
sufre tambien, y el ingrato
tambien de mí los esconde.

MAGD. (¿Me amará?) ¿Pero en tu estado
eres dichosa?

ELOISA. Veloces
llenos de placer los dias
para mí serenos corren.
Completada mi existencia
con el que me dió su nombre,
pienso que mayor ventura
nunca mi pecho ambicione.
Tú no sabes, Magdalena,
qué ardiente y tranquilo goce
llena dos almas que unidas
fueron por castos amores
que en el ara Dios bendice.
¡Qué hermoso se mira entonces
el mundo! ¡Sentir al par
latiendo dos corazones!
Reir los mismos placeres,
llorar los mismos dolores!
De un sér que anima á dos séres,
la santa influencia doble,
confunde sus existencias
cual dos raudales que corren,
por solo un cauce que acaba
en el mar que los absorve!
¿No es muy triste, Magdalena,
que quien ventura tan noble
puede alcanzar, en su pecho,
el gérmen de ella sofoque?

MAGD. ¡Es horrible!

ELOISA. ¿Y qué motivo
tan poderoso hay que logre
sofocar el sentimiento
que anima á dos corazones?
¿Qué hay que venza á un amor puro?

MAGD. Eloisa, no destroces
mas, por compasion mi pecho.
ELOISA. ¿Lloras?
MAGD. Preciso es que llore
en el seno de una amiga,
que ya oprimido se rompe
mi corazon!
ELOISA. ¿Te he afligido?
Te pido que me perdones.
MAGD. Eloisa: no imagines
que mi alma desconoce
tu pura intencion: si callo,
si á tu amor no corresponde
mi afecto con tal reserva,
y el llanto miras que corre
por mis mejillas; comprende
de cuán duros eslabones
será la horrible cadena
que atroz silencio me impone.
(Sollozando.)
ELOISA. ¡Magdalena! ¡amiga mia!
yo respeto las razones
que te obligan á callar.
¡No me hagas caso! ¡no llores
mas por Dios! ¿Lo vés? ¡Tambien
amargas lágrimas corren
de mis ojos! Qué, ¿no sabes
que soy una loca? Esconde
el motivo de tus penas.
¿A qué saberlo? En mejores
dias con usura el cielo
las pagará! ¿Oyes? ¡Ya rompe
el baile! Al salon corramos.
MAGD. No ¡mi emocion se conoce
demasiado todavia!
ELOISA. ¿Y qué importa? Encanto doble
te comunica. Vén pues.
MAGD. No: temo que me sofoquen
la luz, el calor. Aquí
te esperaré.
ELOISA. Pues entonces
yo me quedaré contigo.
MAGD. Está muy mal que se note

ahora tu ausencia. A cumplir
ve los deberes que impone
tu carácter de señora
(Con cariñosa ironía.)
de la casa.

ELOISA. No te mofes,
que son penosos por cierto.
En cuanto dé en los salones
dos vueltas, torno por tí.
¿Querrás, ya, venir entonces?

MAGD. Sí.

ELOISA. Dame un beso. Qué fea
que estás! ¡Ea! ¡que no me enojes
llorando mas! A cumplir
marcho mis obligaciones.

ESCENA VI.

MAGDALENA.—*Despues* ALBERTO.

MAGD. Sí; quiero sola estar! Lejos del mundo
que con su alegre estruendo me fatiga.
Aquí apoyada bañará mi frente
el blando rayo de la luna amiga.
¡Ay! con mas libertad respira ahora
mi seno comprimido,
y reanimarse el corazon ya muerto
parece con la esencia de las flores!
Asi puedo vivir. ¡Cielos! ¡Alberto!
(Al terminar el último hemistiquio repara en Alberto, que aparece por la izquierda del fondo.)

ALBERT. (¡Es ella!) Señorita, usted perdone
que haya con mi presencia interrumpido...

MAGD. ¡Interrumpir! ¿Por qué? Me ha sofocado
el calor del salon, y á esta ventana
me asomé á respirar el aire libre.
¡Hermosa está la noche!

ALBERT. ¡Muy hermosa!
Y antes quizá que luzca la mañana

la veremos oscura y borrascosa.

MAGD. ¿Borrascosa? ¿Por qué?

ALBERT. Está sugeta
cual todo á variar! ¿Qué no varía?

MAGD. *(Disponiéndose á marchar.)*
Me retiro si usted...

ALBERT. *(Con creciente sarcasmo.)*
Qué, ¿tan inquieta
está usté por bailar?

MAGD. ¡Sí! (¡Qué agonía!)

ALBERT. No podrá usted ahora, que ha ya tiempo
que empezó el rigodon; pero otra danza
la orquesta anunciará en breves instantes.
No pierda usté del goce la esperanza,
no faltarán ni polkas ni danzantes.

MAGD. *(Con ironia dolorosa.)*
Pues en tal caso, esperaré impaciente
el ansiado momento en que de nuevo
el baile rompa; pero ¿usté, indolente
renuncia á ese placer? no me acordaba
de que es usté fanático enemigo
(Con risa sardónica.)
de los bailes! ¡Ah! ¡ah!

ALBERT. Asi pensaba
en un tiempo, sin duda; pero ahora
ánsia indecible de bailar me aqueja.

MAGD. *(Afectando ligereza.)*
¿Es posible?

ALBERT. No ha mucho que valsaba
con delicia en los brazos de una vieja.

MAGD. ¿Delira usted?

ALBERT. ¡Oh! no por vida mia!
y al arrastrar un giro acompasado
su cuerpo, como un buque empavesado,
me juzgaba feliz, y me reia!!

MAGD. *¡Alberto!

ALBERT. *Y me decia:
*Diamantes, flores, lazos,
*objeto del amor de las mujeres,
*al compás de la música en mis brazos
*os hago voltear á mi capricho.
*Una vez os domino. ¿Qué me importa
*que recuerde cincuenta ó mas abriles,

*la beldad que á mi yugo os avasalla?
*Acaso me asegura
*eso mayor poder: quizá no mientan
*los empañados ojos que derraman
*miradas de decrépita ternura!

MAGD. ¿Por qué asi calumniarse?

ALBERT. ¡Usted estraña
que ame los bailes yo! ¡Y quién podria
sin entusiasmo contemplar la turba
ruidosa de galanes y doncellas,
que se inflama brincando en esas salas
tan nécios ellos como impuras ellas!

MAGD. *(Reprimiendo débilmente su emocion.)*
Es usted exigente en demasía.
¿Por qué satirizar con tal sarcasmo
el ageno placer? ¡Quizá contento
fingen muchos allí, al par que sufren
devorador tormento!

ALBERT. ¿Y quién podrá dudarlo? ¡Almas sensibles
por dó quier se encuentran! usted misma
quizá oprimida por oculta pena...

MAGD. *(Procurando ocultar su llanto y emocion.)*
¡Yo sufrir! ¡Qué locura! Soy... dichosa...
como nadie en el mundo!

ALBERT. *(Pasando con violento contraste á la espresion del amor y sobresalto.)*
¡Magdalena!

MAGD. (¡Ay yo muero!)

ALBERT. ¿Usted llora?

MAGD. *(Tratando de ahogar sus sollozos.)*
¡Yo! sonrío.

ALBERT. Sonrisa amarga que me causa espanto.
Mi corazon sediento de ese llanto
lo reclama. ¡Sí, sí! ¡Tu llanto es mio!

MAGD. (¡Aun me ama!)

ALBERT. Dos años, Magdalena,
de casto amor; de adoracion tan pura,
que pienso que tu madre desde el cielo
bendijo mi ternura,
no se olvidan jamás! Es imposible
que tú que engrandeciste el alma mia,
¡me engañases!

MAGD. ¡Alberto ese lenguaje!..

ALBERT. Lo dicta el corazon. Acabe el vano
cruel sarcasmo que inspiró el orgullo;
¡sentir yo orgullo y derramar tu lloro?
¿lo creiste verdad? No ¡aquí no late
mas que amor! Magdalena, yo te adoro.
MAGD. (¿Por qué no muero ahora?)
ALBERT. Dime, dime.
ese fatal motivo misterioso
que de mi lado te arrancó aquel dia
en que amado de tí fuí tan dichoso.
Pero no, ¿á qué saberlo? Que me amas,
que hago latir tu seno todavia.
Dime, ¿qué importa lo demás? no es cierto
que no me engaña el alma que me grita,
¡que siempre fué tu corazon de Alberto!
MAGD. ¡Siempre! ¡siempre lo fué! Y ahora palpita
mas que nunca de amor! Si mi honda pena,
si mi pasion, Alberto, contemplaras
¡no me hicieras sufrir!
ALBERT. ¡Ah! ¡Magdalena!
*perdon, perdon por mi delirio ciego.
*¿Quién bañó con la hiel de la ironía
*mis lábios que temblaban de ternura?
*¿no es verdad que me amas, alma mia?
MAGD. *(Con abandono.)*
*¡Sí! ¡te adoro!
ALBERT. *¿Qué vale la amargura,
*que el desaliento horrible que mi alma
*en tu funesta ausencia han devorado?
*¿Qué los rigores de contraria suerte?
*¡Yo apetezco el dolor! ¡yo le bendigo!
*¡¡el me hará, Magdalena, merecerte!!
MAGD. No me atiendas, Alberto, que mi boca,
un horrible deber hora quebranta.
No me hables ¡por Dios! ¡me vuelves loca!
¿te he dicho que te amo? sí, lo dige,
por que yo... ¡te idolatro!
ALBERT. ¡Vida mia!
MAGD. Ya de nada me acuerdo: di, ¿no es cierto
que Dios de mi penar compadecido,
todo me manda que lo dé al olvido?
ALBERT. ¡Todo menos mi amor!
MAGD. Escucha, Alberto.

(Enrique aparece por el fondo acompañado de varios jóvenes.)

MAGD. (¡Cielos! ¿qué miro? ¡Enrique!)

ALBERT. ¡Magdalena!
habla. Pendiente de tu voz mi alma,
en tí vive mi ser.

MAGD. (¡Siempre ese hombre!)

ALBERT. ¿Qué te detiene?

MAGD. *(Con dolorosa contraccion.)*
Alberto... es un delirio
que recordemos tiempos que pasaron
para siempre.

ALBERT. *(Con sorpresa.)*
¡Qué escucho?

MAGD. (¡Qué martirio!)
Ensueños nuestras almas abrigaron,
que sin piedad las horas destruyeron.

ALBERT. ¿Y las protestas de tu fe?

MAGD. ¡¡Mintieron!!

ALBERT. *(Con desesperacion creciente.)*
¡Me haras enloquecer.

MAGD. *(Mirando con zozobra á los que llegan.)*
Ni una palabra...

ALBERT. No es posible callar. Yo necesito
mi corazon librar de la cadena
con que este amor lo esclavizó maldito.

MAGD. *(Suplicante.)*
¡¡Silencio!!

(Enrique y los que le acompañan entran en la escena.—Alberto al verlos se aparta bruscamente de Magdalena, quedando en primer término aislado y sumido en la mas profunda abstraccion.)

ESCENA VII.

Dichos.—ENRIQUE.—CONVIDADOS.

ENRIQ. *(Dirigiéndose á Magdalena.)*
Triste el salon
sin la presencia se nota
de usted.

MAGD. Buscando á Eloisa
vine, y allí vuelvo ahora.
ENRIQ. *(Ofreciéndoselo con la accion.)*
¿Quiére usté el brazo?
MAGD. Mil gracias.
(Magdalena rehusa el brazo de Enrique y saludando á los convidados que le abren calle, sale por el fondo arrojando una mirada dolorosa á Alberto, que no repara en ella.)

ESCENA VII.

Dichos, menos MAGDALENA.

CONV. 1.° La chica es encantadora.
ENRIQ. ¿No la conocias?
CONV. 1.° No.
CONV. 2.° Merece bien tan absorta
tener la atencion de Alberto.
ENRIQ. Pero es por demás incómoda
ya tanta absorcion.
ALBERT. (¿Enrique
la conoció antes de ahora?
¡su espresion!...)
CONV. 1.° *(A Alberto poniéndole la mano sobre el hombro.)*
¿Por qué así huyes
del lado de las hermosas
del salon?
CONV. 2.° Siempre tan triste
desperdiciando tus horas
con un recuerdo.
ENRIQ. Ese amor
Ya en estravagancia toca.
CONV. 2.° ¡Habiendo tantas mujeres,
pensar siempre en una sola!
ENRIQ. Y con leve diferencia
da lo mismo una que otra.
CONV. 1.° La cuestion de un no ó un sí
suele ser cuestion de *horas.*

ENRIQ. O del grado de calor
que se respira en la atmósfera.
ALBERT. ¡Voto al diablo! ¿A qué venis
con esa charla enfadosa?
¿Ignoro yo por ventura
que es el amor cual la ampolla
de jabon que forma el niño
con el aire de su boca?
Flota á sus ojos brillante,
el iris la tornasola
con sus colores, y ciego
se olvida de que es su obra.
Ansía cogerla, mas luego
que contento la aprisiona
en breve punto de espuma
entre sus dedos se torna.
Llora un instante, patea;
mas despues la caña toma
y el jabon, y á centenares
derrama nuevas ampollas.
TODOS. *(Riendo.)*
*¡Ah! ¡ah!
CONV. 1.° *¡Bravísima idea!
ALBERT. *Y verdadera. Allá en horas,
*de las que apenas me acuerdo,
*inocente, candorosa,
*ó necia, quiso mi alma
**tambien hacer sus ampollas.*
*¡Yo pensé! ¡qué pensamiento!
*en coyunda encantadora
*un solo sér de dos séres
*formar, y al ver mi ilusoria
*pretension deshecha, ansié
*matar, morir; con voz ronca
*hasta el cielo maldecia
*y... ¡qué se yo! Pero ahora
(Con risa sardónica.)
*¿no me veis? ¡ah! ¡ah! bien sé
*que las penas amorosas
*que da una mujer, se curan
*con las caricias de otra,
*que con la espuma del vino
*las lágrimas se evaporan

*y los gemidos se acallan
*con el tintin de las copas.

ENRIQ. Me agrada que en la materia
tu talento se conozca
que las mujeres, Alberto,
las pasiones amorosas
no comprendan que en el alma
cifran su vida y su gloria.

CONV. 2.° De constancia no conozco
ninguna merecedora.

CONV. 1.° La que mas amor nos tiene
ama mas su guardaropa.

ENRIQ. Como que es el arsenal
de sus armas de victoria.
Y por Dios que no comprendo
que adoracion misteriosa
al corazon se pretende
excitar con una blonda
que mal cubre un blanco pecho;
con la nagua crugidora
que en sus contornos dibuja
la cintura que aprisiona.
¡Corazon! ¡sus ademanes,
sus miradas melancólicas,
sus palabras, todo en ellas
granos de encendida pólvora,
es que arrojan á los nérvios
del sándio que las adora!

CONV. 1.° ¡Ay del pobre que imagina
ver en ellas otra cosa!

ENRIQ. *¡Qué inútil y tristemente
*su vida y tiempo derrocha
*quien, presa de eso que llaman
*pasiones devoradoras
*de impalpables emociones,
*la correspondencia implora!

ALBERT. ¡Tal vez!..

ENRIQ. El amor *dramático*
les halaga un par de horas;
dura mas, y es su juguete:
su burla si se prolonga,
y con el tédio le ahuyentan
si sobrevive á la mofa.

ALBERT. Sí; tienen el corazon...
CONV.1.° Como de cristal de roca,
duro y brillante.
ENRIQ. Y en tanto
que desdeñado las llora
el amador novelesco,
frutos positivos logra
quien conoce lo que valen
y...
ALBERT. *(Con violencia.)*
¡Qué!
ENRIQ. No las enamora
con suspiros ni miradas.
ALBERT. *(Reprimiendo su ira.)*
(¿Se burla?)
ENRIQ. Quizá tú ahora
satisfecho te verias
si una marcha mas ramplona,
pero útil, seguido hubieses.
Y no que acaso á estas horas
un beso apaga la risa
que tus amores provocan.
(Con el mayor furor y dando una bofetada á Enrique.)
ALBERT. ¡¡ Miserable!!
(En el momento de recibir Enrique el golpe, quiere arrojarse furiosamente sobre Alberto. Todos se interponen entre ambos y los sujetan hasta la salida de Alberto.)
CONV.1.° ¡Enrique!
CONV.2.° ¡Alberto!
ENRIQ. *(Luchando.)*
¡Soltadme! La ira me ahoga.
CONV.2.° *(A Alberto con tono de reconvencion.)*
¿A un amigo?
ENRIQ. ¡Soltad!
ALBERT. Basta.
Inútil y escandalosa
seria aquí ahora una escena.
CONV.1.° Mas, satisfaccion honrosa
fuerza es que des...
CONV.2.° Que motives....
ALBERT. Mis palabras, ni mis obras

nunca esplico: las sostengo.

ENRIQ. Eso quiero.

ALBERT. Mi persona
y mis testigos dispuestos
se encuentran ya desde ahora;
esperaré en los salones.
(Vase.)

CONV. 2.º *(A los demás.)*
Sigámosle por si notan
que está alterado, ahuyentar
las sospechas. (Voy á toda
la reunion á referir
el lance.)

ESCENA IX.

ENRIQUE.—CONVIDADO 1.º

CONV. ¿Se vió mas loca
y estraña accion?

ENRIQ. Es preciso
que, apenas raye la aurora,
nos batamos.

CONV. Bien: ¿qué armas?

ENRIQ. ¿Armas? florete ó pistola,
sable no; quiero matarlo.

CONV. ¿Mas tú?..

ENRIQ. Le planto á una mosca
un balazo, y el florete
mejor lo manejo. Sola
una condicion impongo,
y tiene que ser forzosa...

CONV. ¿Cuál?

ENRIQ. Que uno de los dos
quede en el terreno. Ahora
habla tú con sus padrinos.
Si se escoge la pistola,
que sea cerca.

CONV. Veinte pasos.

ENRIQ. Quince es mejor. Me sofoca
la sed de sangre.

CONV. Alguien viene.

ENRIQ. Huyamos no sea algun cócora.

ESCENA X.

Vánse por un lado de la galería del fondo, y por el opuesto entran MAGDALENA *y el* MARQUÉS.

MARQ. Mas, ¿segura estás de ello?
MAGD. Sí, sí; no me cabe duda,
¡deben batirse! ¡En las salas,
toda la reunion se ocupa
en hablar de ello! ¡Me ahogo!
MARQ. Calma, por Dios, esa angustia.
MAGD. Pero, ¿no es verdad, señor,
que es horrible, que es injusta
esa costumbre? ¡Batirse
él, de alma noble y pura
con Enrique! Y si su acero
con el de Alberto se cruza,
¡dirán que es *hombre de honor*!
MARQ. Si evitarlo se procura...
MAGD. Y si lo mata, dirán
¡que supo vengar su injuria!
MARQ. Oye, hija mia.
MAGD. ¡Matarlo!
¡no es posible que se cumpla
tal atentado! ¡Yo debo
impedirlo! Si mis súplicas,
si mi llanto no lo alcanzan,
entonces...
MARQ. A la ternura
de tu amor no creo posible
que resista. De la tumba
tu misma madre te ordena
que Alberto sepa tu pura
pasion: ¡el cruel sacrificio
que te impusiste, concluya!
MAGD. ¿Revelarle?..
MARQ. Lo reclama
su vida; no tu ventura.
MAGD. ¡Salvarlo! Salvarlo debo.

MARQ. Tú, de tu amor lo asegura;
de lo demás yo me encargo.
Eloisa...
MAGD. Sí, que juntas
sus súplicas con las mias
alcancen...
MARQ. ¿Qué te conturba?
MAGD. El se acerca con Mendoza.
MARQ. Sí.
MAGD. Permita usté que oculta
aquí escuche lo que dicen.
MARQ. Pero...
MAGD. Vuele usted en busca
entretanto de Eloisa.
MARQ. (*Marchándose por el fondo.*)
Ellos son.
MAGD. (*Ocultándose detrás de las cortinas de la puerta de la derecha.*)
¡Dios me dé ayuda!

ESCENA XI.

DON JUAN.—ALBERTO.—MAGDALENA *oculta.*

ALBERT. Crees en vano disuadirme.
D. JUAN. Pues es injusto ese empeño.
No tienes razon.
ALBERT. ¿Qué?
D. JUAN. Franco á ser me obliga mi afecto.
ALBERT. ¡Que razon me falta!
D. JUAN. Sí.
Y no estorbase yo el duelo.
de otro modo. ¿Qué motivo
pudiera impulsarme á hacerlo?
Creo que le matas, y sé
que al atravesarle el pecho
alivias la humanidad
con un pícaro de menos.
Ya ves que por él no abogo.
Por tí sentiria, confieso,
que murieras; mas no olvido

que todo buen caballero
debe sostener sus actos...

ALBERT. ¡Justo!

D. JUAN. Matando ó muriendo.
A mas sabes que la vida
estimo en muy poco. Lejos
estoy, pues, de combatir
tu propósito por miedo,
ni causas sentimentales;
mas exijo que este duelo
no se lleve á cabo.

MAGD. ¡Oh dicha!
¡ él tambien se opone!

ALBERT. Empeño
tenaz y vano es el tuyo;
morir ó matarlo quiero.

D. JUAN. Sí; y manchado con su sangre
ó en tierra cadáver yerto,
serás la mofa y ludibrio
de todos.

ALBERT. ¿Qué dices?

D. JUAN. Ciego
tu pasion te tiene. Enrique
no quiso ofenderte.

ALBERT. Pero...

D. JUAN. Esa mujer es indigna
de tu amor.

ALBERT. *(Con furor.)*
¡Mentira!

MAGD. *(Avanzando con espanto.)*
(¡Cielos!)

D. JUAN. Pues que á decirlo me fuerzas,
pues que ya no hay otro medio,
sabe que es...

ALBERT. ¿Qué?

D. JUAN. La querida
del Marqués.

MAGD. ¡¡¡Jesus!!!

(Dice esto Magdalena cayendo á plomo en el suelo. Al pronunciar D. Juan sus últimas palabras, aparecen el Marqués y Eloisa por el fondo. El primero avanza con aire amenazador hácia Don Juan: pero al oir á Magdalena, vuela en su so-

corro con Eloisa. Alberto queda anonadado al oir las palabras de D. Juan, da un grito y se cubre el rostro con las manos: á la voz de Magdalena se vuelve á ella con aire delirante, hasta despertarlo de su estado la del Marqués.

ALBERT. ¡Oh!

ELOISA. ¡Cielos!
¡Magdalena!

MARQ. ¡Muerta!

ALBERT. *(Con espantosa angustia.)*
¡Muerta!
¡Oh rabia!
(Volviéndose con aire amenazador á D. Juan, que estará aterrado.)

ELOISA. *(Reclinada sobre Magdalena.)*
Su pecho siento
que late.

ALBERT. ¿Por qué la vida
me salvaste que aborrezco?
(Dice esto dirigiéndose hácia D. Juan, y sale desesperado por el fondo.)

D. JUAN. *(Con aire de estravio mental.)*
¡¡Muerta!!
(Eloisa toca una campanilla y aparecen dos criados.)

MARQ. *(Estrechando entre sus manos las de Magdalena.)*
¡Hija mia!

ELOISA. *(A las criadas.)*
Ayudadme:
voy á llevarla á mi lecho.
(Al Marqués.)
(Toda esta escena debe hacerse con la mayor prontitud posible. Eloisa y sus criadas entran á Magdalena por la puerta y el Marqués se dirige hácia Don Juan, que al escuchar su voz alza la cabeza con espanto.)

ESCENA XII.

DON JUAN.—EL MARQUÉS.

D. JUAN. (*Hablando consigo mismo.*)
(¡Qué horror!)
MARQ. Quiso usté evitar
un duelo, y quiso la suerte
que otro duelo, pero á muerte,
tenga ahora mismo lugar.
D. JUAN. ¡Un duelo!
MARQ. Sí, entre los dos.
D. JUAN. ¡Nunca!
MARQ. ¡Qué! ¿Tiembla su mano?
¡pues firme la de este anciano
está, que la mueve Dios!
D. JUAN. ¡Imposible!
MARQ. Y vano alarde
querrá hacer de caballero
un calumniador grosero
que retrocede cobarde.
¿Y á desdeñar la merced
se atreve que hago estremada
de cruzar con él mi espada!
D. JUAN. ¡Oh, basta!
MARQ. ¿Y vacila usted,
debiendo ser su destino
morir...
D. JUAN. (¡Vergonzoso yugo!)
MARQ. Con el dogal del verdugo
ó el puñal del asesino?
D. JUAN. (*Con furor mal reprimido.*)
¡Señor Marqués!
MARQ. (*Andando dos pasos hácia el fondo.*)
Eso quiero.
Innecesario es buscar
testigos.
D. JUAN. No puedo alzar
contra usted mi brazo.
MARQ. Pero...

D. JUAN. Tal pensamiento me espanta.
MARQ. ¡Oh!... pero yo necesito
tu vida.
D. JUAN. Contra ella un grito
de la tumba se levanta.
Nada al suelo la encadena;
es de usted: la muerte quiero.
Mas esgrimir un acero...
¡Oh, jamás!
MARQ. ¿Y Magdalena!...
Su virtud venganza pide;
sin ella no tendré calma.
D. JUAN. ¡Su virtud!
MARQ. ¡Hija del alma!
De la vida se despide
quizás. ¡Ella, mártir pura!
D. JUAN. ¡Mártir! ¡Hija!... Mas mi labio
al decir...
MARQ. Al torpe agravio
añadió horrenda impostura.
Sabe, de vergüenza lleno,
cobarde, calumniador,
que la hija de mi amor
le dió la vida en su seno.
D. JUAN. *(Con un grito terrible.)*
¡Ah! ¿Qué dice usted?... ¡María!!
MARQ. ¿Cómo?...
D. JUAN. ¡Terrible expiacion!!
MARQ. ¿Qué dices?
D. JUAN. *(Cruzando las manos con el mayor dolor y desesperacion.)*
¡Perdon, perdon!
¡Magdalena es hija mia!
MARQ. ¡Tú su padre!... ¡Tú el villano
que á eterna deshonra y pena
me ha condenado!... ¡Y serena
revela tu alma el arcano
que ya tu muerte asegura!
D. JUAN. Verla y morir es mi anhelo.
MARQ. Jamás; no concede el cielo
al crimen tanta ventura.
Vil seductor de la madre
y de la hija homicida,

no escucharás en tu vida
el dulce nombre de padre.

D. JUAN. ¡Compasion!

MARQ. Vive sabiendo
que tu hija en horfandad
forzosa, su tierna edad
pasó su llanto bebiendo.
Que en vano llamando á un padre,
viviendo de amparo ageno,
buscaba en estraño seno
las caricias de una madre.
Que mas tarde, en su hondo afan,
tocó al instante de horror
en que se vende el honor
por un pedazo de pan.

D. JUAN. Del mundo y de Dios maldito
siento horror á mi existencia;
pero que yo en su presencia
pueda expiar mi delito.
¡Que me perdone!

MARQ. ¡Jamás!
Nunca emponzoñe tu acento
su postrero pensamiento.

D. JUAN. ¡Ella morir!

MARQ. Sí, quizás
abandone ya la tierra:
y tú la matas.

D. JUAN. ¡Piedad!
(*Va á entrar por la puerta de la derecha, y el Marqués se le interpone.*)

MARQ. ¡Atrás!

D. JUAN. ¡Ay!

MARQ. A la maldad
el cielo esta puerta cierra.

D. JUAN. (*Cayendo de rodillas á los piés del Marqués, que le rechaza y dice entrando y cerrando tras sí la puerta.*)
¡La muerte, por compasion!

MARQ. Tal ventura no te alcanza,
no; vive sin esperanza
de consuelo ni perdon.
(*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete de reducidas dimensiones y lujosamente amueblado.—Una puerta á la izquierda en primer término. Otra á la derecha en el segundo. Otra en el fondo, por la que se distinguirán algunos muebles de la pieza que se supone contigua, que debe tener mucho fondo, terminando en otra puerta frente á la que dé entrada á la escena, á fin de que los que vengan por esta parte sean vistos por el espectador mucho antes de entrar en escena. Un velador, sobre el que habrá un candelabro, cuyas bugías arden casi consumidas, y un pupitre de lujo, encima del que se notará una carta desplegada. A la derecha hay una ventana.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN.—ELOISA.

(*Don Juan aparece echado sobre una butaca, cubierto el rostro con un pañuelo y apoyado el codo en el brazo de la butaca, que estará junto al velador. Al levantarse el telon habrá un momento de pausa silenciosa. Eloisa sale por la puerta de la derecha, pasa por detrás de la butaca, entra por la de la izquierda sin hablar, y vuelve á salir, deteniéndose en su dintel. Don Juan no sale de su abstraccion hasta que Eloisa le dirige la palabra; al oirla, se levanta precipitadamente, y con el mayor afan le habla.*)

ELOISA. (No me ha sentido: en cadáver
lo convierte su amargura.
¡Acaso llora!) ¡Mendoza!

D. JUAN. ¿Vive?...

¿Cómo está?

ELOISA. Disfruta
de un sueño tranquilo.

D. JUAN. (*Con espanto.*)
¡Sueño!

ELOISA. ¿Por qué esa espresion de angustia?
Duerme serena, y el médico
que no hay peligro asegura.

D. JUAN. ¿De veras?... ¡Qué horrible idea
cruzó mi mente!

ELOISA. Que una
afeccion nerviosa solo
dice que ha sido, y no duda
que muy pronto acabará.

D. JUAN. ¿Pero ella?...

ELOISA. A mi ternura
respondiendo su afliccion,
calmó en abundante lluvia
de lágrimas.

D. JUAN. ¿Me maldice?

ELOISA. A Enrique es solo á quien culpa.
Piensa que usted repitió,
inocente, una impostura
por él forjada.

D .JUAN. Que al menos
si no ha de amarme nunca,
¡que no me aborrezca! ¡Cómo
pensará que una calumnia
se afirme que en la sospecha
mas insensata se funda!
¡Ay qué tarde de la fé
la clara llama me alumbra!

ELOISA. ¿Qué dice usted?

D. JUAN. Dolorosos
á mi corazon se agrupan
mil perdidos sentimientos
que de mi olvido me acusan.
En el polvo mi soberbia,
roto el velo de la duda
que me cegaba: mi mente
analiza con pavura
mi pasado, y ansío amar.
¡Qué tarde!

ELOISA. No: no lo es nunca.
Las flores nacen, Mendoza,
en el borde de las tumbas,
y en los secos arenales
brotan islas de verdura.

D. JUAN. ¡En qué inefable consuelo
de usté el acento me inunda!
Debo esperar. ¿No es verdad?
¿Podré tener la ventura
no de estrecharla á mi pecho,
de verla... ¡ay Dios! ¡De mi angustia
calmar con besar la huella
de su planta! ¡Que ella nunca
sepa que yo soy su padre;
en buen hora! ¡Que ninguna
afeccion sienta por mí!
Pero, al menos, que la pura
luz de sus ojos me anime
para llegar á la tumba
sin maldecir la existencia.

ELOISA. Sí, Mendoza. ¡Esa ventura
logrará usted...!

D. JUAN. *(Con gran ansiedad.)*
¿Ahora?

ELOISA. *(Con dolor y compasion.)*
¡Cómo!!

D. JUAN. *(Con desaliento.)*
Por ver si mi pena endulza
usted me engaña.

ELOISA. El Marqués...

D. JUAN. Y en tanto lágrimas surcan
sus mejillas.

ELOISA. ¿Cómo no?

D. JUAN. ¡Oh, yo tambien como nunca
he llorado y lloro aun!
Pero el dolor que me abruma
con nada calmarse puede.

ELOISA. Serene usted esa angustia.
Yo bien quisiera á su lecho
llevarle á usted; pero pugna
el Marqués por no moverse
de la cabecera.

D. JUAN. ¿Y dura

su voluntad, aun se niega
á que la vea?

ELOISA. Sin duda
con el tiempo accederá.

D. JUAN. ¡El tiempo!... ¿Y quién asegura
que yo lejos de la muerte
esté?

ELOISA. ¿Por qué la amargura
aumentar que nos rodea
con tal pensamiento?

D. JUAN. Justa
la ira de Dios me condena
á no verla.

ELOISA. ¡Qué locura!
Oiga usted. He visto á Alberto:
cual usté me dijo, ni una
palabra sobre su duelo
le hablé! no teniendo duda
de que usted ha de impedirlo,
pues...

D. JUAN. Eloisa, segura
esté usted en mi palabra.
No se batirá. (La tumba
á otro reclama.)

ELOISA. El suceso
le conté que el alma pura
revela de Magdalena.

D. JUAN. ¿Y?...

ELOISA. Presa de amarga angustia
verla, llorando pedia;
yo lo impedí, y su amargura
fué á ocultar en su aposento.

D. JUAN. ¡Qué tristemente renuncia
mi alma á ser padre de Alberto!

ELOISA. ¡Quién sabe!... El reló ya apunta
las cuatro.

D. JUAN. Sí.

ELOISA. Voy corriendo
á dar al Marqués ayuda
en su velada. Esperanza
abrigue usted. ¡No tan mústia
clave la mirada! Un beso
en nombre de la ternura

de usted daré á Magdalena.

D. JUAN. ¡Ay Eloisa!

ELOISA. ¿Y quién duda
que sentirá su alma en sueños
que besa su frente pura
su padre!... ¡Valor y fé,
que en ella el amor se funda!
(Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

DON JUAN *solo.—Permanece algunos momentos en silencioso abatimiento despues de la salida de Eloisa, á quien habrá seguido con una mirada dolorosa al desaparecer de la escena. Luego, como despertando de su estupor, alza la cabeza, se dirige á la ventana y dice.*

¡Aun no despunta la aurora!
¡Qué noche!... mi frente estalla!
¡Con mi ánimo batalla
inquietud devoradora!
(Frente á la puerta de la izquierda.)
¡Clavado aquí á mi despecho,
no poderla contemplar
ni aun dormida, ni aspirar
el aliento de su pecho!
¡Esto es horrible, es impío!
¡Qué inexorable condena!
¿Quién mi corazon refrena?...
¿No soy su padre?... ¡Dios mio!
¡Su padre!... ¿Con qué derecho
quiero yo que así me llame?...
¿No soy tambien el infame
que la postró en ese lecho?
¿No soy quien á la inocente
que en mal hora el ser le dió
con su deshonra dejó
en desamparo inclemente?
¿Quien, de uno en otro esceso
vagando, ingrato no oia
á una niña que pedia

sollozante, pan y un beso?
¿Cómo pretendo el bendito
placer de verte, hija mia!!
(Alzando su vista al cielo.)
¡Dios me castiga! ¡María,
fué muy grande mi delito!!
(Pausa. Se dirige al pupitre, coge la carta, y mirándola tristemente dice.)
Tú mi crimen generosa
perdonaste: yo conmigo
siempre he llevado el testigo
de tu ternura piadosa.
(Pausa. Leyendo.)
«No es el amor ofendido;
»no es la vírgen engañada
»que tiembla ante la mirada
»de su padre escarnecido;
»quien hoy, Mendoza, reclama
»de tu alma un pensamiento.
»Me resigno á mi tormento,
»y quien desprecia, no ama.
»Una hija me dió el cielo
»y, por temor á mi padre,
»de los brazos de su madre
»la ha arrancado estraño celo.
»No temas que yo te aflija:
»yo te perdono mi ofensa;
»pero que eres padre piensa:
»ven á buscar á tu hija.»
¡Oh, me horroriza mi ser!
¡Y á este amargo desconsuelo
pude, corazon de hielo,
cobarde desatender!!
¡En qué sombras de impiedad
pasé mi vida, que ahora
con cárdena luz colora
la severa realidad!
(Pausa.)
*Yo ansiaba el bien. ¡Yo era bueno!
*¡Era tan jóven... y amé!
*y profanaron mi fé:
*llenaron de hiel mi seno.
*Y, perdida mi esperanza,

*caí al abismo profundo
*de la duda, y por el mundo
*vagué buscando venganza.
*Sin piedad, mi cruel tormento
*daba á inocentes mujeres,
*procurando en los placeres
*ahogar el remordimiento.
*Logrando astuto vencer
*la sorprendida ternura,
*profanaba la ventura
*en el altar del placer.
*Y seco hastío devoraba
*mi maldita juventud,
*sin pensar que en la virtud
*el bien perseguido estaba.
¡Oh! ¡Quien hizo así sus años
esclavos de la maldad
debe en honda soledad
morir con sus desengaños!
¿De Dios logrará clemencia
quien la negó en ira loca?
¡No! la creo ahora que toca
su término mi existencia.
Sí, creerla necesito.
porque es forzoso; la suerte
está echada, y de la muerte
me reclama el sordo grito.
¡Morir!...
(Con violento contraste mirando á la puerta de la izquierda.)
¡No! De Magdalena
es mi existencia... ¡no puedo!!
¿Yo tengo á la muerte miedo!...
(Cayendo de rodillas y cruzando las manos que eleva al cielo.)
¡Dios mio, vé mi honda pena!
¡Que el dardo mi alma taladre
de tu justicia ofendida;
pero déjame la vida!
¡Sí, quiero vivir!... ¡Soy padre!!
(Pausa. Oculta su cabeza entre las manos, y así permanece algunos momentos hasta que entra el criado.)

ESCENA III.

DON JUAN.—UN CRIADO.

CRIADO. *(Entrando por el fondo.)*
Señor...
D. JUAN. *(Levantándose y componiendo su rostro.)*
¿Quién es?
CRIADO. Por usted
pregunta con gran empeño
el señor...
D. JUAN. *(Interrumpiéndole.)*
Atiende. ¿Oiste
qué dijo al salir el médico?
CRIADO. No señor.
D. JUAN. (¿Me engañaria
Eloisa?)
(Pausa.)
CRIADO. El caballero
para quien llevé la carta
de usted, ha venido, y luego
dice que tiene que hablarle.
D. JUAN. *(Con distraccion.)*
¿Está ahí?
CRIADO. Como que vengo
para anunciarle.
D. JUAN. Que pase.
(El criado va á salir. D. Juan le detiene.)
Escucha. ¿Entró don Alberto
en su cuarto?
CRIADO. Ya ha una hora.
D. JUAN. ¿Duerme?
CRIADO. La vela luciendo
está aun.
D. JUAN. Vé y di que pase
á ese señor.
(Váse el criado.)

ESCENA IV.

DON JUAN.—*Despues* ENRIQUE.

D. JUAN. ¡Oh qué inmenso
sacrificio hago en hablar
con el miserable! Debo
sin embargo... Si posible
fuese conseguir que al menos
fuera digno de perdon..
Mas si se resiste... ¡Cielos!
(*Viendo á Enrique que se adelanta por el fondo.*)
¡Ya está ahí! Dame, Dios mio,
serenidad.

ENRIQ. (*Con aire enojado y provocativo.*)
No comprendo
cómo me obligas á que
hasta aquí penetre.

D. JUAN. (*Con manifiesta contraccion.*)
Alberto
no está.

ENRIQ. Mas esta es su casa;
puede venir.

D. JUAN. Terminemos
escrúpulos. Mi cabeza
está muy débil. Te advierto
que quiero hablar poco.

ENRIQ. Sea.
¿A qué me llamas? ¿Qué empeño
es el de hablarme? ¿Y cual ese
gran obstáculo y secreto
para ir á verme?

D. JUAN. (*Con solemnidad.*)
Oye, Enrique.
¿No hay en tu mente un recuerdo?
¿No hay un sér en todo el mundo;
en tu alma un sentimiento,
que haga latir con ternura
tu corazon?

ENRIQ. No te entiendo!
(Con insolencia.)
¡Qué lenguaje! ¿Tú estás loco?
D. JUAN. *(Apartándose con enojo de Enrique.)*
No lo sé.
ENRIQ. Pues vamos. Tiempo
no hay que perder. ¿Eres tú
quizá padrino de Alberto?
No temas que esto me agravie.
Entre amigos, bien comprendo
que tal servicio se presta
á aquel que llega primero.
D. JUAN. ¡Servicios! El que á un amigo
cumplir le toca es el hierro
arrancar del torpe brazo
que á impulsos de un falso y nécio
honor, criminal, impune
pretende alzarse sangriento.
Abrir los ojos del alma
á quien despeñado y ciego
honrar la venganza intenta!
ENRIQ. ¿Qué dices? ¿Estás haciendo
un sermon? Pues ya ha pasado
la cuaresma. Veo que es cierto
lo de que el diablo se mete
á predicador.
D. JUAN. Dejemos
las burlas, Enrique. Piensa...
ENRIQ. *(Con enfado.)*
¿Qué he de pensar? ¡Hay suceso
mas estraño! ¿Qué te pasa?
D. JUAN. Acabemos.
ENRIQ. Acabemos.
D. JUAN. Te llamo para evitar
el combate.
ENRIQ. *(Con insolente ironía.)*
¿Qué?
D. JUAN. Mi intento...
ENRIQ. *(Sonriendo.)*
Tú te chanceas.
D. JUAN. ¡Enrique!
ENRIQ. No te supongo tan nécio
que pienses de buena fé

hacer aqui un drama tierno
de reconciliacion.
A no ser que tenga miedo
Alberto...

D. JUAN. ¡Cobarde él!!

ENRIQ. No lo afirmo. Si sospecho,
tuya es la culpa, que...

D. JUAN. *(Con sarcasmo.)*
¡Si!!
De cuánta bravura ejemplo
por el contrario dareis
cuando entrambos, sin aliento,
busqueis, la punta evitando,
el corazon descubierto.
¡Qué valor! Sabes un golpe
que hace sea inútil el hierro
en el brazo del contrario;
lo acechas, y en el momento
en que tu cobarde astucia
te lo reduce indefenso,
¡lleno de valor! traspasas
seguramente su pecho.

ENRIQ. ¿Vas á plagiar á Rousseau
declarando que es el duelo
cosa indigna de un filósofo?
Pues por si acaso, te advierto,
que Juan Jacobo me dá
con todas sus obras sueño.
Mas que todas las razones
puede el honor.

D. JUAN. ¿Qué derecho
para invocar ese nombre,
y aun á costa sostenerlo
de la vida, tiene quien
de la fé de sus abuelos,
de la honra de su madre;
del alma que hay en su seno
torpe duda? ¡Honor! ¡valor!
¡La raza que juzga estrecho
el mundo para gozar!
Que, por su vida temiendo,
niega su sangre á la patria,
al amigo, al tierno objeto

de su amor! ¡Quien con la risa
del sarcasmo ó un silencio
imbécil, el heroismo
acoge! ¿Cómo derecho
tendrá tan inútil ser
para esgrimir un acero
y verter sangre invocando
al honor!

ENRIQ. Yo no me ofendo,
porque veo que te retratas.

D. JUAN. ¡Es verdad! Pues bien, por eso
juzga ahora lo sinceras
que son mis palabras.

ENRIQ. Pero...

D. JUAN. Sí: mas tarde ó mas temprano
un rayo de luz el cielo
á la noche de las almas
envia. ¿Qué vencimiento
mayor para quien ofende
que el perdon? ¡Oh y asi el precio
de una vida no calculas?
¡Qué! ¿no piensas que en el suelo
lazos puros la sugetan?
¡Que en llanto amargo deshechos
otros séres su mirada
de tí huirán!

ENRIQ. Basta. Acabemos.
Yo no sé si desvarias,
pero te digo, que Alberto
me ha ultrajado, y es forzoso
que ese ultrage tenga término
con su vida.

D. JUAN. *(Con furor mal reprimido.)*
¿Con que en vano
violentar mis sentimientos
pretendí, evitando un crímen?

ENRIQ. En vano.

D. JUAN. Pues bien. Primero
sabe que es pagar ofensas
que vengarse.

ENRIQ. No te entiendo.

D. JUAN. ¡Dios lo quiere! Demasiado
conocer debí que nécio

era pretender en tí
despertar un sentimiento
humano.

ENRIQ. ¿Qué? ¡Tal lenguaje!

D. JUAN. Basta: palabras ahorremos.
¿A qué hora tus padrinos
han dicho que en el terreno
se haya de estar?

ENRIQ. A las ocho.

D. JUAN. Pues vé á buscarlos corriendo,
y dí que los necesitas
á las seis, para otro duelo.

ENRIQ. ¿Cómo?

D. JUAN. Has de satisfacer
un antiguo agravio.

ENRIQ. Pero
¿á quién?

D. JUAN. Allí lo verás.

ENRIQ. Mas sin saber...

D. JUAN. (*Con desprecio.*)
¿Tienes miedo?

ENRIQ. ¡Miedo yo!

D. JUAN. Gente se acerca.
(*Dice esto volviéndose hácia la puerta de la derecha, é indicando á Enrique que salga por la del fondo: éste en el momento de salir tiende su mano á D. Juan y este retira la suya con altivez y dice:*)

D. JUAN. Te la daré en el terreno.
(*Enrique vacila un instante con aire amenazador, y sale por el fondo.*)

ESCENA V.

DON JUAN.—ALBERTO.

D. JUAN. ¡Dios lo ha querido! ¡es forzoso,
es justo que se destroce
mi pecho, dejando al mundo
sin que su lábio me nombre!

Escribamos al Marqués.
(Se dirige al pupitre, y en el momento de tomar la pluma aparece Alberto por la puerta de la derecha. D. Juan se levanta al verlo y estrecha su mano.)

D. JUAN. ¡Alberto!
ALBERT. ¿Será que estorbe?
D. JUAN. No.
ALBERT. ¡Qué pálido tu rostro
está?
D. JUAN. Los negros dolores
que me oprimen sabes.
ALBERT. Sí:
son tan grandes que me imponen
el silencio.
D. JUAN. Alberto, escucha:
¿será que mi pecho logre
tu perdon?
ALBERT. ¿Cómo negarlo
á quien tanto sufre!
D. JUAN. Enorme
es nuestro pesar.
ALBERT. Ahora
imagino que no estorbes
que me bata.
(Al oir estas palabras, D. Juan fija su vista en el reló y dice con la mayor inquietud.)
D. JUAN. Ya las cinco
y cuarto son!
ALBERT. ¿Ese hombre
qué hora señaló?
D. JUAN. Las ocho.
Mas da al instante la órden
de que enganchen.
ALBERT. ¿Cómo?
(Toca una campanilla y habla con un criado.)
D. JUAN. Tengo
que ir yo á la casa del conde
tu padrino.
ALBERT. ¿Para qué?
D. JUAN. Para... algunas condiciones
arreglar. Yo volveré
por tí.

ALBERT. Que no te demores
demasiado. ¿No tenias
que escribir?
(Viendo que D. Juan se dispone á salir.)
D. JUAN. Sí; pero al conde
quiero hablar pronto. En su casa
escribiré.
CRIADO. *(Saliendo por el fondo: se vá al instante despues de recoger el candelabro: comienza á amanecer.*
Di la órden.
D. JUAN. Adios, Alberto.
ALBERT. *(Estrechando su mano.)*
¿Llorando
estás?
D. JUAN. ¿Qué mucho que llore!
Sufro tanto! (¡Magdalena
(Frente al cuarto de su hija.)
Si tu espíritu me oye
recibe mi adios postrero
hija de mi alma!)
ALBERT. (¡Pobre
padre!)
D. JUAN. Si la ves, Alberto,
consuela tú sus dolores
con tu amor. ¡Qué feliz eres!
¡Te ama! ¡Oh cómo corre
el tiempo!
(La escena se llena de luz.)
ALBERT. Adios. Vuelve pronto.
D. JUAN. Sí, sí. (Que Dios me perdone.)
(Váse.)

ESCENA VI.

ALBERTO.—ELOISA.

ALBERT. ¡Qué agitacion! Mas ¿qué estraño?
¡sufrir tan tremendo golpe!
ELOISA. Alberto, vengo á buscarte
de Magdalena en el nombre.

ALBERT. ¡Qué dices!
ELOISA. Hablarte quiere.
Ten presente que no note
que sabes quién es su padre,
pues el Marqués que lo ignore
siempre quiere.
ALBERT. Mas...
ELOISA. Se acercan.
ALBERT. (¡Ay! ¡mi corazon se rompe!)

ESCENA VII.

Dichos.—MAGDALENA.—EL MARQUÉS.

Magdalena sale apoyada en el brazo del Marqués, esta vestida de blanco y el cabello recogido descuidadamente. Eloisa y Alberto se retiran, de modo que los nuevos interlocutores no reparen en ellos al entrar y dirigirse lentamente á la ventana.)

MARQ. ¿Te sientes bien?
MAGD. ¡Muy bien, y me consuela
tanto la luz del sol! ¡Qué hermoso dia!
(*Eloisa se acerca á ellos seguida de su hermano.*)
ELOISA. ¿No es verdad que revela
el alba una esperanza de alegría?
MAGD. ¿Tú aquí ya? (¡Y él!)
MARQ. Adios, Alberto.
¿Usted de pié tambien tan de mañana?
ALBERT. Sí señor; que huyó el sueño de mis ojos
esta noche.
ELOISA. Marqués: un pensamiento
se me ocurre. ¿Al jardin acompañarme
querrá usted?
MARQ. ¿Por qué no?
ELOISA. (*A Magdalena.*)
Como tú bellas
se abren las flores al nacer la aurora.
¡Su aroma te hará bien! Verás que ramo
te trae (de tu amor la embajadora.)
MARQ. Vamos pues.

ELOISA. (*Al Marqués con aire de connivencia.*)
A mi hermano de enfermero
dejaremos.
MARQ. Sea así.
MAGD. (*A Eloisa con cariño.*)
¡Qué buena eres!
(Dame fuerzas Dios mio!)
ELOISA. Adios. Con gran cuidado he de cogerlas
porque guarden las gotas de rocio,
y aquí te ceñiré flores y perlas.
(*Besándola en la frente.*)
(*Eloisa sale por el fondo del brazo del Marqués: al llegar á la puerta vuelven ambos la cabeza, para contemplar á Magdalena y Alberto. Estos han quedado separados y silenciosos. El en el instante que desaparecen su hermana y el Marqués se dirige á Magdalena.*)

ESCENA VIII.

MAGDALENA.—ALBERTO.

ALBERT. ¡Magdalena! ¡Perdon! Perdon si pude
dudar de ti un instante.
MAGD. Ya al olvido
esa duda entregué.
ALBERT. ¡Ay, la pureza
de tu alma jamás he merecido!
MAGD. ¿No, Alberto? ¿Quién que tú mas generoso?
¿Mas amante que tú? ¡Fatal estrella
que mi amarga existencia ha presidido,
nuestras almas hermanas dividia
y apartó para siempre!
ALBERT. ¡Para siempre!
no Magdalena, no, ¡tuya es la mia!
MAGD. ¡No es posible! ¡no quiere mi destino!
¿Por qué tan cruda guerra
al destello divino
que eleva al corazon, hace la tierra?
ALBERT. Mas ¿nuestro amor?..

MAGD. Adoracion eterna
tendrá en mi alma; de mi amarga vida,
Será el sosten y el único consuelo
y de mi pecho el postrimer latido
*recogerá para volverse al cielo! (1)

ALBERT. *¡A mi lado!..

MAGD. *¡Jamás! ¡Pronto este suelo
*dejaré, acompañada del anciano
*de que es mi inútil existencia apoyo,
*por él tan solo afrontaré la vida!

ALBERT. *¡Ah! Dime que me engañas Magdalena.
*¡Amarga despedida
*escuchar, cuando ébrio de ternura,
*imagine! ¡infelice! que tu lábio
*ya perdonando mi insensato agravio
*prometiese á mi amor casta ventura.
*¡Ten de mi compasion: he padecido
*tanto! ¡tanto, sin tí! ¡Si es que la gloria
*á que siempre aspiré, no he merecido,
*yo aguardaré sin que enfadoso ruegó
*mi pecho exhale; un año! ¡Cuanto quieras!
*si tú lo ordenas, viviré sin verte,
*mas ¿perder mi esperanza? ¡No! ¡La muerte
*mas bien!

MAGD. *¡Es fuerza! ¡Que lo ordena el cielo!
*¡Tu corazon no ofendo! Pero un dia,
*sí, no lo dudes, sentirás consuelo.

ALBERT. ¿Lejos de tí!

MAGD. Bien sé que mi memória
vivirá siempre en tí. ¿Pero quién sabe?
¡Acaso otra mujer!

ALBERT. ¡Oh! ¡calla! ¡calla!
¿Y dices que me amas?

MAGD. ¡Con ardiente,
con eterna pasion, que al acallarla,
mi corazon despedazarse siento!
¡Pero es fuerza! ¡Ya basta, que el aliento
me falta! yo te pido

ALBERT. ¡Y así me dejas con mi pena impía!
MAGD. Tu corazon no ofendo, pero un dia,
sí, no lo dudes, sentirás consuelo, etc.

por el recuerdo de ese amor tan puro,
que si un dia... mi frente abrasa el fuego
del rubor...

ALBERT. ¿Que te agita?

MAGD. (*Con dolorosa resolucion.*)
Sí: me ordena
mi deber que lo diga. Yo te exijo
por la paz de mi alma, que si un dia...
fueses... padre... ¡jamás! ¡nunca á tu hijo
nieges tu amor! ¡tu nombre!

ALBERT. ¡Por el cielo,
cálmate!

MAGD. ¡Júralo por la memoria
de tu madre, por mí!

ALBERT. ¡Yo te lo juro!

MAGD. ¡Ay, Dios te haga feliz!

ALBERT. ¡No! ¡yo no puedo
resignarme á perderte! ¡Eres mi esposa!

MAGD. ¡Yo!

ALBERT. Sí: ¡me inspira mi abandono miedo!
¡Soñando una existencia virtuosa,
verla volar, y devorar mi pena
solo en el mundo!

MAGD. ¡Alberto!

ALBERT. ¡Tú no debes
consentirlo! ¡tu mano, Magdalena!
¡Apiádate de mí!..
(*Cae de rodillas y estiende sus brazos á Magdalena, en actitud suplicante. El Marqués y Eloisa aparecen por el fondo y se detienen escuchando con avidez.*)

MAGD. ¡Yo ser tu esposa!
¡Imposible ventura!

ALBERT. ¡Sí, la madre
de mis hijos serás!

MAGD. (*Con desesperacion.*)
¡Fortuna impía!
¿Y qué nombre á tus hijos les daria
yo que ignoro? ¡Oh verguenza! ¡el de mi padre!

ESCENA IX.

Dichos.—El Marqués.—Eloisa.

Marq. Acabe el justo rigor
que mi agravio me inspiraba,
Magd. ¿Qué dice usted?
Marq. Angel puro,
da cabida á la esperanza
en tu pecho.
Magd. ¿Qué?
Marq. ¡Tu padre vive!
Magd. (*Interrogando con la espresion de una alegría delirante á todos los que la rodean.*)
¡Es verdad!
Eloisa. Y con ansia
viva te esperan sus brazos.
Magd. ¿Y quién me los arrebata?
¿Dónde está? ¡Yo soy su hija!
Cuando un padre á su hija llama,
¿quién se opone á que á él acuda!
Marq. Yo, que obcecado juzgaba
que debia hacerlo... el recuerdo
del ultrage de mis canas...
Además... sin conocerte,
contribuyó á tu desgracia;
Te ofendió.
Magd. Pero ¿no soy
la prenda de sus entrañas?
Usted olvida su ultrage:
mi vida no importa nada.
¡El me la dió, él es su dueño!
¿Dónde está? ¡Se despedaza
mi corazon! ¡Quiero verle!
Un criad. (*Con una carta que coge Alberto.*)
Señorita...
Eloisa. ¿Qué?
Albert. Una carta
para el Marqués.
Eloisa. ¡Es su letra!
Magd. ¿De mi padre!!!

ELOISA. Sí.

(Magdalena coge con gran ansiedad la carta, la besa, rompe el sello, y antes de abrirla pasa su mano por la frente y suspira dominando su emocion.)

MAGD. Me mata
la alegría. ¡¡¡Santo cielo!!!

(Dice esto dando un grito horrible despues de haber fijado un instante sus ojos en la carta. Todos corren hácia ella: Alberto coje el papel de sus manos, fija en él la vista y dice.)

ALBERT. ¡Suerte aciaga!

(El Marqués se une á Alberto, que se ha apartado del grupo, y Alberto lee en voz alta. Durante la lectura tiene Magdalena clavados sus ojos en el Marqués y Alberto, y estrechando convulsivamente entre las suyas las manos de Eloisa las aprieta á su pecho.)

(Leyendo.)

»A batirme á muerte voy.
»Es mi postrera demanda
»que no odie mi memoria
»la hija de mis entrañas.
»La legacion de mis bienes
»y mi nombre, y una carta
»de su madre se hallarán
»sobre mi cadáver.

MARQ. *(Arrancando la carta á Alberto.)*
¡Basta!
¡Oh justo Dios!

MAGD. Es mentira.
Decir no puede esa carta
lo que has leido. ¡Mas sí!
¡Que lo quiere mi desgracia!
¡Pero es preciso salvarlo!
Llevadme adonde se halla.
¡Que un mismo golpe nos hiera!

MARQ. Sí...

ALBERT. Volemos.

ELOISA. Mas la carta
no dice adonde...

MAGD. *(Con desesperada resolucion.)*
Encontrarle

yo sabré...
(Va á salir por el fondo y se oponen á su paso.)

ELOISA. Detente!

MAGD. *(Con energía delirante.)*
¡Basta!
¿Quién se opondrá á mi camino?
¡Padre! ¡Padre!
(La espresion de Magdalena hace apartarse á los interlocutores, y ella se precipita por el fondo gritando: ¡Padre! ¡Padre! en el instante en que aparece D. Juan por él. Oye las palabras de Magdalena y la recibe en sus brazos.)

D. JUAN. ¡Hija del alma!

ESCENA X.

Dichos.—D. JUAN.

(D. Juan y Magdalena bajan á la escena sin abandonar el uno los brazos del otro. El Marqués queda á la izquierda en primer término, y Alberto y Elvira unidos á la derecha.)

ALBERT. ¡Aun vive!

ELOISA. *(Alzando los ojos al cielo.)*
¡Gracias Señor!
(A Alberto estrechando sus manos con alegria.)
Ya acabó nuestro quebranto!

MARQ. Si cesa el tuyo ¡Dios santo!
¿Qué será de mi rigor?

MAGD. ¿Tú eres mi padre?

D. JUAN. ¡Sí! ¡sí!
¡Tu padre! ¡Dame ese nombre!
¿Es posible que haya un hombre
mas venturoso? ¡Y sin tí
tantos años he sufrido
la vida!

MAGD. ¡Fué su sosten
la esperanza!

D. JUAN. ¡Cuanto bien
me dá el cielo!

MAGD. *(Examinándolo con cariñoso afan, sin abandonar sus brazos.)*
¿Estás herido?

D. JUAN. ¡No!

MAGD. ¡Oh placer!

D. JUAN. De vida lleno,
Dios me condujo á tus brazos.
¿Quién ya romperá los lazos
que te estrechan á mi seno?
(Magdalena, como herida por un nuevo pensamiento, coge de una mano á su padre, y se acerca con él al Marqués, que al verlos llegar toma una actitud severa y vacilante, como el hombre que quiere dominar una emocion poderosa.)

MARQ. ¡Magdalena!

MAGD. Compasion
imploro para mi padre!
(El Marqués aparta su rostro procurando afectar serenidad.)
¡Desde la tumba mi madre
pide tambien su perdon!
(Al oir estas palabras de Magdalena, el Marqués cubre sus ojos procurando ocultar su emocion, y alarga su mano derecha á D. Juan, que de rodillas, la coge entre las suyas y la besa respetuosamente.)

MAGD. ¡Gracias! Madre!
(Cruzando sus manos sobre el pecho y alzando los ojos al cielo con religioso entusiasmo. El Marqués levanta á D. Juan y lo llama á sí. Magdalena corre á unirse á Alberto y Elvira.)

ELOISA. ¡La alegria
me embarga!

MAGD. *(A Alberto.)*
¡Acabó mi pena!

ALBERT. ¡Seré tuyo, Magdalena!

MAGD. ¡Eloisa!
(Cayendo en sus brazos.)

ELOISA. ¡Hermana mia!

MARQ. *(A D. Juan con solemnidad.)*

Mitigó mi justo encono
la mártir que está en la altura.
(Señalando á Magdalena)
Si labra usted su ventura.
yo mi agravio le perdono.

D. JUAN. ¡Ah señor!
(Vuelve á besar la mano del Marqués, y dirigiéndose al otro grupo, se coloca entre Alberto y Magdalena y cogiendo sus manos, dice.)
¡Alberto! ¡Impio
quise estraviar tu vida:
al funesto amigo olvida,
y ama á tu padre, hijo mio!
(Dice esto uniendo á Magdalena y Alberto que se estrechan las manos con la espresion de una alegria inmensa, y se unen al Marqués hablando entre sí.)

D. JUAN. ¡Eloisa!

ELOISA. Al fin el cielo
de sus ruegos se apiadó.

D. JUAN. El mi vida conservó
para salvarme.

ALBERT. ¿Ese duelo...?

D. JUAN. Rozó la bala homicida
de Enrique apenas mi pecho...

MAGD. ¡Oh!

D. JUAN. ¿Y entonces mi derecho
me hizo dueño de su vida!

ALBERT. ¿Lo mataste?

D. JUAN. ¿Ensangrentada
mi mano, podria abrazar
á mi hija?

ALBERT. ¡Soportar
su vista...!

D. JUAN. No temas nada.

ELOISA. ¿Cómo?

D. JUAN. A remota region
lo llevan la mar y el viento:
Dios le dé arrepentimiento
cual yo le doy mi perdon.

ELOISA. ¡Premia Dios al que perdona!

MARQ. Yo lo siento en este instante.

ALBERT. Y al amor puro y constante

con la ventura corona.
(D. Juan cubriendo con sus brazos á Magdalena y Alberto. El Marqués estará al lado de aquella, Alberto al de Eloisa.)

D. JUAN. ¡Ambos sereis mi consuelo!

MARQ. *(A Magdalena)*
Ama y respeta á tu padre.

MAGD. A todos mi santa madre
nos bendice desde el cielo.
(Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.